

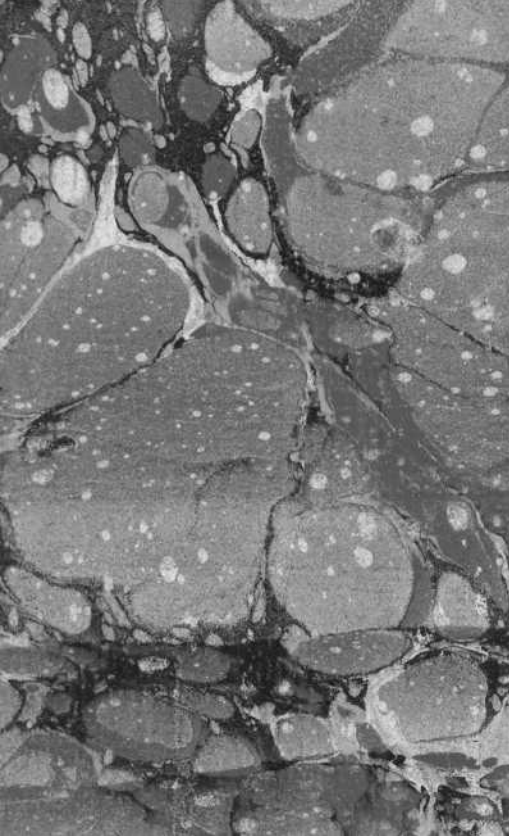


LIBRERIA DE D. JOSE CUESTA
CENTRO

general de suscripciones

y toda clase de Comedias.

Calle de Carretas, N.º 9. Madrid





JORGE GUILLEN

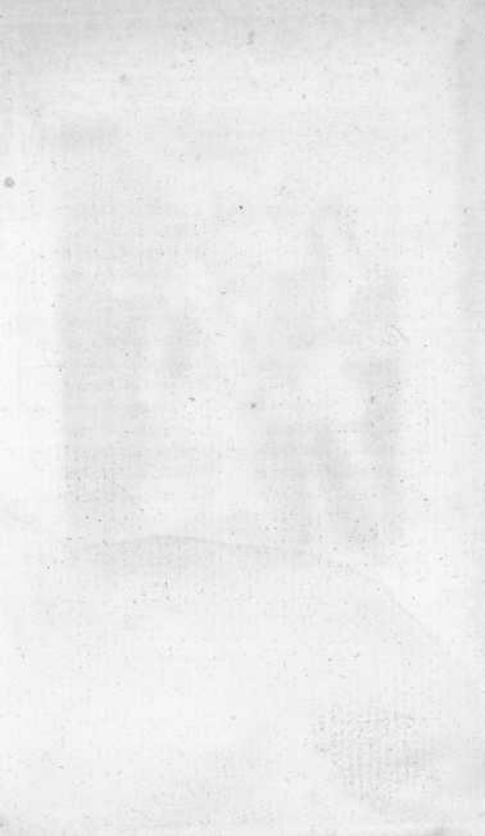


Esta novela y las que componen la colección se hallan vendidas en las librerías siguientes.

EL GORSARIO.

Esta novela y las que componen la colección se hallan venales en las librerías siguientes.

Valencia. <i>Cabrerizo.</i>	Pamplon. <i>Longás.</i>
Madrid... <i>Calleja.</i>	Zaragoza. <i>Polo.</i>
Toledo.... <i>Hernandez.</i>	Calatayud <i>Larraga.</i>
Cuenca.... <i>Feijóo.</i>	Barbastro <i>Lafita.</i>
Cadiz..... <i>Hortal.</i>	Barcelona <i>Sierra.</i>
Sevilla.... <i>Vazquez.</i>	Tarragon. <i>Berdeguer</i>
Granada. <i>Puchol.</i>	Tortosa... <i>Puigrubi.</i>
Córdoba.. <i>Berard.</i>	Reus..... <i>Sanchez.</i>
Jaen <i>Carrion.</i>	Murcia.... <i>Benedito.</i>
Málaga.... <i>Carreras.</i>	Orihuela. <i>Berruezo.</i>
Badajoz... <i>Passini.</i>	Alicante.. <i>Itier.</i>
Salamanc <i>Blanco.</i>	Cartagen. <i>Benedito.</i>
Coruña ... <i>Calvete.</i>	Palma..... <i>Guasp.</i>
Santiago. <i>Romero.</i>	Cáceres... <i>Burgos.</i>
Burgos.... <i>Villanueva.</i>	Oviedo.... <i>Longoria.</i>
Valladol.. <i>Roldan.</i>	Orense.... <i>Pazos.</i>
Bilbao..... <i>García.</i>	Ferrol..... <i>De Tejada</i>
Vitoria ... <i>Barrio.</i>	Habana... <i>Ramos.</i>
Santand.. <i>Riesgo.</i>	Puerto-Ric. <i>Echeveste.</i>





L. Tellos lo d.^o

T. Blasco lo f.

¿Tienes valor? ¿quieres quedur libre?
recibe este puñal, ven y sigueme."

EL
CORSARIO.

POR

Lord Byron.



Valencia:

IMPRENTA DE CABRERIZO.

1832.

COLECCIÓN

de



Es propiedad de la casa
de *Cabrerizo*.

IMPRESA DE CABRERIZO

1825

R. G. 1067

ADVERTENCIA

DEL TRADUCTOR.



Todas las producciones literarias de lord Byron respiran sentimientos sublimes, propios de una alma fuerte y sensible. No puede leerse el poema del Corsario sin convencerse de esta verdad, y sin dejar de admirar la fuerza de su pincel y la impresion que de-

jan en el alma las diferentes pasiones que nos pone á la vista. La imaginacion ardiente del autor aplicada á presentarnos todos los horrores del vicio y los atractivos de la virtud, parece que les da formas positivas, que realiza su existencia maravillosa, y que pone al lector en la dichosa necesidad de odiar los extravios de la razon con una fuerza igual á la que puede emplearse para acariciar los sentimientos que esta misma nos inspira

*constantemente en favor del
orden y de la justicia.*

*Como la traduccion de
un poema de esta clase no
solo presenta dificultades,
sino que es imposible el ve-
rificarla sin menoscabar la
hermosura y la energia de
sus expresiones, no pare-
cerá fuera de propòsito que
el traductor se halle en el
caso de solicitar la indul-
gencia de los que lean este
pequeño é interesante vo-
lúmen.*

constantemente en favor del
orden y de la justicia.
Como la traducción de
un poema de esta clase no
solo presenta dificultades,
sino que es imposible el ve-
rificarla sin menoscabar la
hermosura y la energía de
sus expresiones, no pare-
ce éste fuera de propósito que
el traductor se halle en el
caso de solicitar la indul-
gencia de los que lean este
pequeño é interesante vo-
lumen.



Canto primero.

..... nessun maggior dolore,
Che ricordarsi del tempo felice
Nella miseria. (DANTE).

I.

» Cuando navegamos sobre
las llanuras azuladas, nues-
tras almas y nuestros pensa-
mientos se hallan tan libres

como el Océano. Tan lejos cuanto los vientos pueden llevarnos, y en todas partes donde espuman las olas, encontramos nuestro imperio y nuestra patria. Ved, pues, nuestros estados; ningun límite los circunda. Nuestro pabellon es el cetro al que todas las naciones obedecen. En nuestra vida agitada pasamos con igual alegría de la fatiga al reposo, y del reposo á la fatiga. ¿Quién será capaz de poder explicar la dicha de esta alternativa? ¿Serás tú esclavo enervado, tú

que te sentirias desfallecer sobre las olas furiosas? ¡Tú, magnate orgulloso, sumergido en los deleites y en la indolencia, y para quien el sueño no ofrece dulzuras, ni el placer encantos? ¡Ah! conviene mas bien al mortal audaz que confió su fortuna á los peligros del mar, á él es solo á quien pertenece el describir los latidos del corazon y los transportes de los hombres que pasan su vida en recorrer la inmensidad de los mares. ¡Él podrá decir cuanto apreciamos que llegue el

dia del combate! ¡con que ardor buscamos el peligro que espanta y hace huir al cobarde! ¡y de modo que las empresas en que queda vencido el temor, despiertan la esperanza y el valor en nuestros corazones!

»La muerte nos horroriza, particularmente si perecemos al mismo tiempo que nuestros enemigos. ¡La muerte nos parece poco mas triste que el enfadoso reposo! Que venga cuando quiera, y mientras tanto nos apresuramos en gozar de la vida: si no-

sotros debemos perderla, ¿que importa que sea por las enfermedades ó por los combates? ¡Que aquel que encuentre encantos en la vejez se arrastre hácia su cama y consuma allí sus dias en largas y penosas enfermedades, arrancando con trabajo su respiracion fatigada y dejando caer su cabeza marchita! nosotros preferimos la fresca yerba á la cama calenturienta. Mientras que el inválido deja finalmente escapar su alma en medio de angustias y suspiros, la nuestra nos

deja sin esfuerzo al primer golpe. ¡Él podrá ensalzar su urna y su pequeño monumento! los que maldicen su vida irán á adornar su sepulcro. Nuestra muerte no hace derramar muchas lágrimas , pero son sinceras : cuando el Océano nos sepulta en sus olas , un banquete manifiesta la pena de nuestros compañeros, y las copas se llenan en honor nuestro. Un corto epitafio no queda olvidado en un dia de combate; cuando los que sobreviven para vencer se comparten los

despojos; un triste recuerdo se ve pintada en sus frentes afligidas, y exclaman: ¡Ah! ¡que hermoso hubiera sido este momento para los valientes que ya no existen!”

II.

Estos eran los acentos que se oían en la isla de los piratas, al rededor del fuego de su guardia; tales eran las voces penetrantes que resonaban á lo largo de la costa, y que parecian dulces y armoniosas á unos oídos tan salvages como el eco de las rocas.

Los corsarios forman grupos sobre la dorada arena; juegan, beben, se entretienen ó afilan el hierro homi-

cida; reúnen sus armas, dan á cada uno 'su espada y ven con indiferencia la sangre que las tiñe: en una parte se recomponen las lanchas, se renuevan los palos y los timones; mas lejos, unos caminan errantes por la playa entregados á sus ideas, y otros se ocupan en preparar lazos á los pájaros, ó en secar al sol las redes humedecidas; y si algun punto lejano se les figura una vela, la contemplan con una codicia inquieta: otros se cuentan los trabajos de una noche horri-

ble y peligrosa, y se preguntan cuando podrán compartirse todavía una presa: ¿en donde la hallarán? poco les importa; este es el cuidado de su gefe; el suyo es de no dudar nunca del buen resultado de sus designios: pero ¿quien es este gefe? su nombre es famoso y temible en todas partes, y no piden otra cosa.

No se junta con ellos sino para mandarlos, habla muy poco, pero su vista es penetrante y su mano pronta; no toma ninguna parte en la ale-

gría de sus gozosos festines; pero se le perdona su silencio en favor del buen éxito de sus empresas. Nunca se vierte para él el nectar purpúreo; la copa jamas se une á sus labios, y los mas esforzados de su cuadrilla encontrarían sus comidas demasiado parcas: el pan mas negro, las yerbas mas sencillas y alguna vez el lujo de las frutas, componían todos sus manjares que un anacoreta rígido no desaprobaba. Pero mientras se privaba de los goces groseros de los sentidos, su

alma parecía que se alimentaba con la abstinencia.

«Que se reme hácia la costa.» — Se rema hácia alli. —

«Que se prepare al combate.» Todo está pronto. — «Que

me sigan.» — ¡La victoria es suya! — Estos son sus breves

mandatos y esta es su prontitud; todos obedecen; pocos

preguntan por qué, y estos solo obtienen una corta res-

puesta, una mirada de desprecio ó de cólera, y el silencio.

III.

«¡Una vela! ¡una vela! exclaman de repente: ¡los piratas ya cuentan con una presa! ¿De que nacion? ¿que bandera? ¿Que dice el telescopio? no es una presa; ¡ah! á lo menos es una vela amiga, y la bandera roja se desenrolla al soplo del céfiro. Que este viento le sea propicio; sí, es uno de nuestros navíos que vuelve al puerto. Que entre antes que llegue la noche. Ya ha doblado el

cabo, la bahía recibe la proa que corta con arrogancia la onda espumosa. ¡Como se acerca con gracia y con magestad! todas las velas están desplegadas: ¡ah! ¡nunca le han servido para huir del enemigo! Recorre el líquido elemento como un ser viviente, y parece que desafía las olas. ¿Quién no arrostrará el cañon y el naufragio para complacer al rey de esta isla flotante?"

IV.

Las velas están recogidas, el cable resbala con ruido sobre el costado del navío que la caída del ancla hace balancear, y al fin da fondo. Los grupos de ociosos ven el bote, que ya han echado al agua, equipado y remando hácia tierra, y muy pronto su quilla se arrastra sobre la arena con estremecimiento. Los marineros son acogidos con júbilo, se hablan con amistad, se aprietan las manos,

se sonrien, se preguntan,
se responden en pocas pa-
labras, y el corazon espera
una fiesta.

V.

La noticia se propaga: el gentío aumenta y las voces se mezclan á la risa que causa la alegría: los mas dulces acentos de la muger manifiestan la inquietud; y los nombres de esposos, de amigos y de amantes salen de todas las bocas.

»¿Están todavía vivos? no preguntamos si han vencido; pero ¿los volveremos á ver, los oiremos? ¡Ah! sin duda, se han conducido con valor,

ya sea luchando contra las olas, ya sea en la pelea! Pero ¿están vivos? Que se apresuren á venir á gozar de nuestra sorpresa y de nuestra dicha, y que sus abrazos vengán á poner un término á nuestra incertidumbre.”

VI.

» ¡Adonde está nuestro jefe? Nosotros le traemos un mensaje, y tememos que el gozo que nos rebosa sea de corta duración; pero sin embargo es muy dulce para nosotros, porque es sincero. ¡Vamos! Julian, condúcenos adonde está nuestro jefe. Luego que hayamos cumplido con nuestros deberes, volveremos á gozar de vuestra compañía, y todos sabrán lo que desean.”

Siguen un sendero abierto en la montaña hasta la torre que sirve de vigía y que domina la bahía.

Allí crece el arbusto espinoso y florece la planta silvestre. Los manantiales plateados esparcen la frescura, y el murmullo de los arroyuelos que brotan de sus cárceles de piedra parece que incitan la sed. Pasando de una roca á otra llegan. ¿Quién es, inmediato á aquella gruta, un hombre solitario cuya vista está dirigida hácia el mar? está inclinado con un

aire pensativo sobre el puño de su sable, apoyo ordinario de su temible mano. »Él es; es Conrado; gusta de estar solo en aquel parage. Julian, ves á anunciarnos. Está mirando el navío: hazle saber que estamos encargados de noticias urgentes; nosotros no nos atrevemos á arrimarnos todavía; tú sabes cuanto se incomoda cuando se le sorprende sin su orden.»

VII.

Julian corre y le avisa. Él no profiere una sola palabra; pero un gesto manifiesta su voluntad. Julian llama á sus compañeros, y Conrado responde sencillamente á sus saludos; pero su boca permanece muda. »Estas cartas, dicen, son del espía griego que nos da avisos siempre que nos amenaza algun riesgo, ó que podemos ser apresados, y nosotros podemos decir que....” ¡Silencio! ¡si-

lencio! Conrado les corta la palabra y ellos se retiran: admirados y confusos se comunican á voz baja sus conjeturas, y acechan clandestinamente las miradas de su jefe para observar la impresion que pueden causarle las misivas; pero como si él hubiese adivinado esta idea, volvió la cabeza para leer, fuese por arrogancia ó por necesidad de ocultarles su agitación.

»¿Mi libro de memoria, Julian?... ¿Donde está Gonzalez?—En el navío fondea-

do.— Que no se mueva de allí; llévale mis órdenes.— Y vosotros volved á vuestros puestos; preparaos á partir conmigo; yo soy quien os mandará esta noche.— ¡Esta noche! señor.— Sí, al ponerse el sol; la brisa soplará antes del fin del día. Julian, ten mis armas prontas; antes de una hora estaremos en el mar. Cuélgate la bocina, y que mi carabina bien limpia del moho no engañe mi esperanza. Afila mi alfange; que la empuñadura se adapte mejor á mi

mano ; que el armero se encargue de esto en el momento. En el último combate ha fatigado mi brazo mucho mas que el enemigo.

»Sobre todo prevengo que el cañonazo de leva se haga oír exactamente para que sirva de señal de que la hora que nos falta ha espirado.»

VIII.

Obedecen y se vuelven prontamente para ir de nuevo á arrostrar los peligros del mar; pero sin manifestar el menor descontento. ¡Conrado manda! ¡Quien se atreverá á vacilar? Este hombre que está siempre rodeado de la soledad y del misterio, á quien apenas se le ve sonreir; una persona cuyo nombre hace temblar á los mas atrevidos de su cuadrilla, y que imprime la palidez en sus frentes atezadas, sabe gober-

nar sus almas con el arte de la superioridad que alucina, dirige y atemoriza al vulgo.

¿Por que especie de encanto este pueblo sin leyes, reconoce, ama y no se atreve á contradecir? ¿Que es lo que puede encadenar su confianza de este modo? Es el poder mágico de un espíritu que piensa: poder conquistado primeramente por las ventajas adquiridas, y que conservan despues la habilidad y la intriga: él es el que acomoda á su gusto el espíritu de los débiles, se sirve,

sin que lo duden, de sus propias manos como de instrumentos suyos, y se apropia sus mas brillantes hazañas.

De este modo es como la multitud ha trabajado y trabajará siempre para uno solo: este es un decreto de la naturaleza; pero que el desgraciado que obedece se guarde de maldecir y de odiar á aquel que goza de sus despojos. ¡Ah! si él conociera el peso de las cadenas doradas, ¡cuan ligeras le parecerian sus penas obscuras puestas en la balanza!

IX.

Diferente de los héroes de otros tiempos, á quienes se les veia obrar como los demonios, aunque se pareciesen á los inmortales por la hermosura de sus facciones; Conrado no ofrece nada de particular en las suyas. Aunque sus cejas negras favoreciesen á ojos centellantes, su fuerza no era comparable á la de Hércules; á su talla le faltaba mucho para llegar á la estatura de un gigante; pero mirándolo con reflexion

se distinguia en él alguna cosa que se escapaba á la vista de la multitud, é imponia respeto sin que se pudiese explicar la causa. El sol habia quemado sus mejillas ; su frente ancha y pálida estaba cubierta con los numerosos rizos que formaban sus cabellos negros. El movimiento de sus labios indicaba á pesar suyo las ideas orgullosas que no podia ocultar , y aunque su voz fuese dulce y su exterior tranquilo , se creia reconocer en él alguna cosa que hubiera querido no te-

ner. El fruncimiento de sus cejas y las mudanzas de color en su rostro, sorprendian y embarazaban á los que se le acercaban, como si su alma sombría encerrase algun terror secreto y pasiones que no fuese posible adivinar: pero ¿quien hubiera podido verificar estas sospechas? su mirada severa hubiera turbado al que intentara examinarlo muy de cerca. Pocos hombres se encontrarían capaces de sostener su vista fija y penetrante. Cuando una mirada curiosa espiaba los

movimientos de su fisonomía, á fin de conocer su alma, comprendia al momento la intencion de aquel que le observaba, y le obliga á tener cuidado de sí mismo, por temor de no descubrir sus pensamientos en lugar de penetrar los de Conrado.

En su desden se notaba la sonrisa de un demonio que excitaba á un mismo tiempo agitaciones de rabia y de temor, y alli adonde se dirigia el gesto feroz de su cólera, la esperanza se desvanecia, y la piedad huia suspirando (1).

X.

Las señales que indican en el exterior un mal pensamiento son siempre débiles, pero interiormente causan una impresión fuerte y profunda. El amor publica todo lo que siente; el odio, la ambición y la perfidia no dejan ver sino una falsa sonrisa; un ligero movimiento en los labios y una débil palidez que extiende sobre el rostro de la persona á quien dominan, son solamente las señales que indican las pasiones fuertes.

Para estudiarlas y juzgarlas es necesario verlas sin ser visto ; entonces es cuando se observan los pasos precipitados, la vista levantada al cielo, las manos juntas, el silencio de la desesperacion que escucha con sobresalto, temiendo ser sorprendida en las zozobras que la agitan; entonces las facciones manifiestan los movimientos del corazon, cuyas penas son mas notables al exterior, pero no dejan de atormentarla. La lucha convulsiva contra el dolor, el frio que pasma, ó el

fuego que consume , imprimen á su vez sobre la frente un ardor que abrasa á un abatimiento profundo.

En este caso es cuando se necesita observar el alma del que quereis conocer , si acaso os atreveis á hacerlo sin temblar. ¡Venid á ver como pasa las horas de su reposo, como la memoria de los años que aborrece destroza cruelmente su corazon agitado! Pero ;quien ha visto y quien verá jamás á un hombre de esta clase dando un libre curso á sus secretos pensamientos?

XI.

La naturaleza no habia destinado á Conrado á mandar bandidos. Su alma quedó corrompida antes que sus acciones le hubiesen arrastrado á hacer la guerra al hombre y á renegar del cielo. El mundo le habia engañado ; él se habia manifestado demasiado prudente en sus discursos, pero insensato en sus acciones. Demasiado firme para ceder y demasiado arrogante para detenerse , sus virtudes

le habian servido para ser engañado facilmente ; las maldicia como el origen de sus males , mas bien que á los pérfidos que no cesaban de venderle. No pensó que existian otros hombres que fuesen dignos de sus favores , y que pudiesen hacerle conocer la dicha. Tímido , repellido , calumniado , antes que la juventud hubiese perdido su fuego , detesta demasiado á los hombres para conocer los remordimientos , y creyó que los consejos de su resentimiento eran inspiracio-

nes secretas para vengarse de todos por causa de las injurias de algunos. Él se reconocia culpado; pero los demas no eran mejores segun su modo de pensar; y detestaba á todos los que se le asemejaban como á unos hipócritas que cometian con sigilo lo que su espíritu audaz no tenia embarazo de confesar. Ni ignoraba que era odiado; pero los que no le apreciaban, temblaban, y al menos le temian. Solitario, feroz y arrogante, si su nombre causaba espanto, sus ac-

ciones admiraban, y los que le temian no se atrevian á despreciarle.

El hombre pisa al débil gusanillo; pero reflexiona antes de despertar á la culebra venenosa. El primero por mas que levante su cabeza no puede vengarse; la otra perece, pero antes ha dado muerte á su enemigo. Se la puede aplastar, pero no vencer, y todavía encuentra fuerzas para introducir su dardo.

XII.

No hay ningun hombre que sea completamente malo. En el corazon de Conrado reinaba todavía una pasion viva que no habia podido arrancar. La debilidad de los que se dejan seducir por una pasion digna de la infancia y de la locura , habia excitado varias veces la sonrisa de su compasion; y el afecto que Conrado combatia en vano , no podia tener otro nombre que el de amor. Sí, efectivamente

era el amor: un puro amor que no se dirigia sino á un solo objeto. Todos los dias se ofrecian á su vista hermosas cautivas, y sin buscarlas ni huirlas solo les manifestaba su indiferencia. Muchas mugeres lloraban por su libertad en los bosques de su isla; pero ninguna habia podido sorprenderle en un momento de debilidad. Sí, esta fuerza era el amor; si debe darse este nombre á una ternura experimentada por las tentaciones, á un afecto al que la desgracia habia dado nuevas

fuerzas, y al que la ausencia y el tiempo no habian podido cansar ni alterar. Sus esperanzas desvanecidas, sus proyectos trastornados no podian entristecerlo cuando veia la sonrisa de la persona á quien amaba. Delante de ella se aplacaba la tempestad de su cólera, y el dolor no hubiera podido arrancarle una queja. Sabia ponerse en su presencia con el gesto que inspira la alegría, y dejarla con serenidad, recelando que sus disgustos no se hiciesen sentir en el corazon de su

querida. Ninguna cosa hubiera podido alterar este tierno afecto ni amenazar turbarlo. Si esto es amor entre los mortales, Conrado amaba. El era criminal, merecia todas las reconvenciones; pero su amor era puro y sobrevivia á todas sus virtudes: ¡dichoso sentimiento que ni aun el crimen habia podido apagar!

XIII.

Conrado se detuvo un momento hasta que sus soldados hubieron pasado la primera revuelta del sendero que bajaba al valle.

» ¡Extraordinarias noticias! exclamó: yo que he arrostrado tantos peligros, no comprendo por qué este me parece el último. Pero este presentimiento no puede inspirarme temor, y mis compañeros me encontrarán todavía digno de mi fama. Aunque

sea imprudente el ir á buscar la muerte, ¿no lo es aun mas el esperar que vengan á dárnosla? ¡Ah! si la fortuna favorece mis designios, no faltarán lloros en nuestros funerales. Que nuestros enemigos se entreguen á un descanso tranquilo, y que disfruten de sueños agradables; nunca la mañana les habrá despertado con unos fuegos tan brillantes como los que preparo para esta noche á los soberbios vengadores de los mares. ¡Que el viento quiera solamente serme propi-

cio!.... Vamos á dar un abrazo á Medora..... ¡Que peso siento sobre mi corazon! ¡Ah! ¡que el suyo no puede verse oprimido de este afecto en mucho tiempo! Sin embargo, yo he sido valiente. ¡Miserable orgullo el de una valentía que pueden manifestar todos los seres! Hasta el insecto se atreve á presentar su aguijon para defender su presa. El valor, que poseen como nosotros hasta los mas viles animales, y que debe sus mas terribles esfuerzos á la desesperacion, puede muy bien

merecer elogios; yo aspiro á una gloria mas noble, que es la de enseñar á algunos hombres valientes cómo debe pelearse con un gran número de enemigos. Durante mucho tiempo les he conducido al combate, y jamás se ha derramado la sangre inútilmente. ¡Ahora no existe ningun medio término! ¡ó morir ó vencer! No es la muerte la que me atormenta, pero sí el llevar á mis compañeros á un parage, del que será imposible el huir.

»Hasta aqui mi suerte me

ha ocupado muy poco; pero la idea de una asechanza humilla mi orgullo. ¿De que servirán mi destreza y mis ardides? ¿Es necesario arriesgar á un mismo tiempo el poder y la vida? ¡Ah! ¡destino cruel!... ¡Ay! acusa tu locura y no la suerte; ella puede salvarte todavía, y esto jamás es demasiado tarde.”

XIV.

De este miedo se entrete-
nia Conrado consigo mismo,
hasta que hubo llegado á la
cumbre de la montaña en
donde se elevaba la torre que
le servia de morada. Se de-
tiene cerca de su puerta he-
rido del eco querido de aque-
lla voz que nunca podia can-
sarse de escuchar, y el balcon
entreabierto le permite oír
el canto melodioso de su que-
rida prenda.

1.

»Mi tierno secreto está sepultado para siempre en mi alma. Mi corazón palpita todavía frecuentemente para corresponder á los latidos del tuyo ; pero luego tiembla guardando un profundo silencio.»

2.

»Mi llama es como la luz eterna de una lámpara sepulcral, cuya débil claridad se oculta á todos los ojos. La fría oscuridad de la desesperacion no la apagará jamás , aunque sus rayos sean tan inútiles como si nunca hubieran existido.»

3.

»Acuérdate de mí; no pases nunca cerca de mi sepulcro sin hacer memoria de aquellas cuyas cenizas se hallan allí encerradas. El único tormento que mi corazón no podría tolerar, sería el que me olvidaras.»

4.

»Escucha los últimos acentos de una voz moribunda. La virtud no impide que se compadezca á los muertos. Concédeme la sola gracia que te he pedido: una lágrima; la primera y la última recompensa de tu amor.»

Conrado pasó la puerta, atravesó el corredor y entró en el cuarto en el momento en que la voz cesó de cantar.

Mi querida Medora, dijo, ¡tu canción es muy melancólica! —» Cuando Conrado se halla ausente, ¿quieres que las busque mas alegres? Cuando tú no estás oyéndome, ¿quieres que mis acentos hagan traición á los pensamientos de mi alma? Todas mis palabras deben estar en armonia con ella; mi corazón hablaria si mi boca se hallase muda. ¡Cuántas noches he

suspirado sobre esta cama solitaria! mis temores servian de alas á los vientos que llevaban las tempestades; cuando apenas empezaban á hincharse las velas, yo creia oir los preludios del soplo del mas terrible aquilon, y el céfiro me parecia el sonido lúgubre de una voz que lloraba á su amante que era el juguete de las olas crueles. Al momento me levantaba con sobresalto para ir á mantener la luz del fanal, temiendo que una mano menos fiel dejase morir aquella

claridad tan favorable á los marineros.”

» ¡Cuántas horas he pasado en considerar con una vista inquieta los astros celestes! La aurora brillaba finalmente, y tú aun te hallabas muy lejos. ¡De que modo la brisa helaba entonces mi corazón! ¡Cuan triste era la mañana para mis ojos turbados que no cesaban de volverse hácia el mar! Ningun navío se veía, á pesar de mis lágrimas y de los votos de mi corazón; el sol habia recorrido la mitad de su carrera, y yo saludaba

con gozo un mástil que se percibía en medio de las aguas, se acercaba, desaparecía. ¡Ah! otro le sucedía, que al fin era el tuyo: ¿cuando tendrán fin unos días tan amargos? ¿cuando consentirás, mi querido Conrado, en disfrutar á mi lado de la dicha y de la paz? ¿No tienes ya mas tesoros de los que necesitas? ¡Cuantos asilos existen tan agradables como este en donde podrás renunciar finalmente á una vida errante! Tú sabes que no es el peligro el que temo: tiemblo

solamente cuando tú no estás conmigo, y esto no es por mi vida, sino por la tuya que aprecio mil veces mas que la mia. ¿Por que causa huyes del amor y suspiras siempre por los combates? ¿Que es lo que puede obligar á un corazon tan tierno á contrariar la naturaleza y sus mas dulces inclinaciones?

»Lo confieso : ¡mi corazon se halla muy cambiado hace ya mucho tiempo! Pisado como el tímido gusano se ha vengado como la serpiente. Su sola esperanza sobre la

tierra es tu amor. ¡Para él no brilla en el cielo ninguna vislumbre de perdon! pero estos sentimientos que tú condenas, mi odio al hombre y mi amor por ti, son de tal manera inseparables, que ceso de amarte si ceso de odiar. ¡Medora! destierra todo temor; lo pasado debe asegurarte la duracion de mi amor. Vamos, haz todavía un esfuerzo sobre tu corazon; de aqui á una hora me ausento, pero no es sino por poco tiempo.”

»¡De aqui á una hora! mi

corazon lo habia presentido. De este modo se desvanecen mis mas hermosos y dichosos sueños. ¡ Dentro de una hora! Pero esto no es posible. Uno de tus navíos apenas acaba de dar fondo en la bahía ; el otro está todavía ausente : el equipage tiene necesidad de descanso antes de volver á salir al mar : amigo mio , tú te diviertes con mi flaqueza ; tú quisieras con este fingimiento experimentar mi corazon contra una separacion verdadera ; cesa de divertirme con mi dolor ; esta chanza es de-

masiado amarga; no hablemos mas de esto. Querido mio, ven á participar de la comida que mis manos han preparado: ¡dichosa ocupacion la de encargarse del cuidado de tu comida frugal! Mira como he escogido las frutas que me han parecido mas exquisitas; y cuando he estado indecisa en la eleccion, las mas hermosas me han parecido las mejores: tres veces he recorrido la colina para encontrar el manantial mas fresco. Sí, tu *sorbete* vas esta noche á beberlo mas

suavemente que nunca : mira como salta en esa taza de alabastro. El zumo confortante de la parra no alegra nunca tu corazon; tú lo rechazas con mas horror que un musulman. No te hago de esto ningun cargo , al contrario , me complazco en verte preferir lo que los otros llaman privaciones. Pero ven; la mesa está puesta; nuestra lámpara de plata no recibirá ningun perjuicio del síroco húmedo ; las mugeres que me sirven bailarán conmigo, ó harán oír el concierto de

sus voces. Tú gustas de los sonidos de mi guitarra, tocaré algunas armonías que te embelesarán ; ó bien si tú quieres, leeremos en el Ariosto los amores y las desgracias de Olimpia (2). Tú serías mas culpable que el infiel que hizo traicion á esta desgraciada princesa , si me abandonabas en este momento.... mas culpable todavía que el pérfido que.... Yo te he visto sonreir cuando el cielo nos descubrió la isla de Ariadno.... cuantas veces me he complacido considerándola desde lo alto de

nuestras rocas, y me decia á mí misma sonriéndome, á pesar de mis temores del porvenir: de este modo es como Conrado me abandonará y no volverá mas. Él me engañaba.... volviendo todavía.”

— » De este modo, mi tierna amiga, Conrado volverá siempre: sí, siempre, mientras tenga un soplo de vida y de esperanza. Pero la hora de partir se acerca; no me preguntes por qué me voy, ni adónde: ¡que importa esto, supuesto que será preciso acabar con la triste palabra, adios!

¡Ah! si el tiempo me lo permitiera, yo me complaceria en decírtelo todo.... No receles nada; nuestros enemigos son poco temibles: una guardia mas numerosa vigilará nuestra isla, que esta á cubierto de toda sorpresa, y en estado de sostener un largo sitio. Tú no quedas sola: si tu amigo se aleja, te deja rodeada de compañeras; y ademas considera que nos volveremos á ver muy pronto: yo voy á conquistar la seguridad que debe hacer nuestro reposo mas dulce..... Ya

oigo la bocina de Julian: dame un beso, otro, todavía otro, y adios."

Medora se levanta, y arrojándose en los brazos de Conrado, oculta su rostro sobre su pecho, y el corazón de su amante queda oprimido.... No se atreve á levantar sus hermosos ojos que en su dolor no pueden derramar ninguna lágrima: sus largos caballos se hallan sueltos y en todo el desorden de la desesperacion: Conrado apenas siente los latidos de un co-

razon que tiene tan poseido, y que el exceso del amor hace insensible. Pero el estruendo del cañon anuncia el fin de este dia que el corsario maldice ; abraza con furor á su querida , cuyas mudas caricias imploran su piedad, y va temblando á ponerla sobre su cama ; la mira un momento , como si fuese por la última vez ; conoce que ella sola le hace apreciable su existencia, besa su frente helada , se vuelve.... y Conrado ya se ha marchado.

XV.

«¡Se ha ido!» exclama Medora. ¡Cuántas veces estas palabras crueles turbarán su soledad! »Hace solo un instante que estaba allí, y ya.....” Se abalanza á la puerta de la torre, y entonces sus lágrimas pudieron conseguir un libre curso: jamás las había derramado con tanta abundancia y amargura; pero sus labios rehusan todavía el pronunciar adios: porque en esta palabra fatal, por mas que

queramos manifestar la esperanza, solo respira la desesperacion.

El dolor ya habia grabado sobre la frente de la pálida Medora los rasgos que el tiempo no puede borrar; sus ojos azulados, que poco tiempo antes animaba el amor, habian perdido todo su fuego buscando al que no esperaban volver á ver. Pero ¿no es Conrado al que ven todavía? ¡Ay! él es sin duda; pero ¡ya está muy lejos! Estos hermosos ojos se hallan anegados en un torrente de lágrimas, cuyo

manantial se renovaba cada momento. » ¡Se ha ido! » Medora desconsolada cruza las manos sobre su corazón, después las levanta suplicando al cielo, mira las olas del mar y las velas del navío que se despliegan para recibir el viento, y se retira con el alma oprimida: » Este no es un sueño, exclama: mi desgracia es demasiado cierta. »

XVI.

De roca en roca el inflexible Conrado apresura sus pasos hácia la orilla del mar sin volver la cabeza, pero temblando cada vez que una revuelta del sendero le ofrecia la vista de los objetos de que se alejaba: la torre solitaria colocada sobre la cumbre de la montaña, que es la primera cosa que se presenta á su vista cuando vuelve al puerto, y aquella amiga, astro de hermosura, á quien se com-

place en reconocer lejos , y á quien deja en una triste melancolía , le es preciso olvidar que todavía puede hallar la dicha á su lado , y que se encuentra en vísperas de perderlo todo. Sin embargo, se detiene un momento indeciso sobre si abandonará sus proyectos á las olas y su suerte á la fortuna. No , no ; un gefe valeroso se enternece ; pero no cede nunca á las lágrimas de una muger. Observa su navío , admira el viento favorable , reúne todas las fuerzas de su alma y prosigue

su camino. Muy luego sus oídos se ven heridos de los gritos y de la confusión del equipage, del ruido de los remos y de las señales; distingue el grumete en lo alto del palo, el ancla que se eleva, las velas que se desplegan, y el céfiro que desenrolla los pañuelos de los que envían desde tierra sus mudos adioses á los amigos que van á ausentarse; pero particularmente reconoce su bandera roja que flota en los aires, y se admira de que su corazón se haya manifestado tan débil: el fuego

de sus ojos y el de su sangre que está hirviendo le anuncian que ha vuelto en sí. Recorre con un paso rápido la distancia que le falta para llegar á la playa ; se detiene allí para respirar el fresco de la brisa , ó mas bien para recuperar su dignidad acostumbrada , temiendo que la precipitacion no le haga parecer turbado á la vista del vulgo.... Conrado habia aprendido á gobernar por medio de los artificios , que son frecuentemente el velo y la salvaguardia de los grandes. Su modo de an-

dar era arrogante ; su planta, que parecia evitar la atencion de los otros, nunca dejaba de inspirar respeto : la serenidad de su frente y el orgullo de sus miradas impedian la familiaridad indiscreta sin faltar á la cortesanía. Por este medio sabia hacerse obedecer.

Pero cuando queria conciliarse la amistad de alguno, su dulzura disipaba el temor del que le escuchaba, y los dones de otra persona no valian como una de sus palabras que se introducian en

el corazón con el acento de la bondad. Mas este medio no estaba en armonía con su humor agreste ; queria mas bien dominar por la fuerza que por la persuasion , porque las pasiones desgraciadas de su juventud le habian hecho preferir la obediencia á la afeccion.

XVII.

Su guardia se forma y se coloca á uno y otro lado; Julian se halla delante de él: »¿Están todos prontos?» — »Nuestros compañeros todos están ya embarcados, el último bote no espera sino á nuestro gefe.» — »¡Mi espada y mi capote!» Apenas ha hablado, cuando la espada se halla en su cintura, y el capote sobre sus espaldas. »Que llamen á Pedro.» — »Aquí esta!» Conrado lo recibe con

la distincion que concede á sus amigos : »Toma este libro de memoria , le dice ; contiene instrucciones importantes. Haz doblar la guardia , y cuando llegue Anselmo con el otro navío , que tome conocimiento de mis órdenes. De aqui á tres dias , si el viento nos es propicio , el sol alumbrará nuestra vuelta : hasta entonces puedes permanecer tranquilo.» Dijo , aprieta la mano á su compañero , y se adelanta con arrogancia hácia el bote. Los remos azotan las olas que arrojan á

su rededor una luz fosfórica (3). Se aborda el navío; Conrado está ya sobre el puente; el sonido agudo del pito se deja oír, y los marineros ejecutan prontamente las maniobras: admira la docil agilidad de su navío al par que el aseo de la tripulación; se digna manifestar su aprobación, y dirige á Gonzalez sus ojos satisfechos. Pero ¿por que se detiene de repente, y parece que tiene una pena interior que le devora? ¡Ay! sus ojos habian encontrado su torre sobre la roca, y la

memoria del adios se habia despertado al momento en su alma. ¿Puede ser que en aquel instante Medora contemplase el navío? ¡Ah! ¡Conrado no habia jamas amado tan vivamente!

Pero le queda mucho que hacer antes del dia: excita su valor, vuelve la vista á otra parte, y baja con Gonzalvez para comunicarle sus planes y los medios de conseguir un buen resultado. Una lámpara les alumbrá; tienen delante una carta náutica con todos los instru-

mentos que son necesarios en una navegacion. Su conversacion se alarga hasta media noche. ¿Que hombre cuando se halla inquieto pone atencion en la huida de las horas?

Mientras tanto el navío impelido por el viento propicio, corta las olas con la rapidez de una ave de rapiña. Dobla las islas agrupadas en el mar, y llega cerca del puerto antes del dia. Alli descubren los corsarios la bahía estrecha en donde se halla fondeada la flota del bajá. Cuentan

las galeras, y observan el descuido con que los turcos imprudentes hacen la guardia de la noche. Conrado pasa sin ser visto, y va á fondear en el parage en que se ha propuesto mantenerse oculto. Una enorme roca que se adelanta mucho en la mar le sirve de abrigo, y le asegura el no ser descubierto. No tiene necesidad de despertar á sus soldados siempre prontos para arrostrar los peligros sobre la tierra y sobre los mares; él mismo, sin embargo, atraviesa el mar, y habla con

sosiego á sus compañeros sobre la sangre que va á deramarse.

FIN DEL CANTO PRIMERO.



Canto segundo.

Conoscete i dubiosi desiri?

DANTE.

I.

Un grande número de galeras se hallan fondeadas en la bahía de Coron, é innumera-

bles luces brillan en toda la ciudad: el bajá Seïde da una funcion para celebrar de antemano la próxima victoria que no duda conseguir sobre los piratas, á quienes debe cargar de hierros; asi lo ha jurado por Alá y por su espada. Fiel á su palabra y á las órdenes que ha recibido, tenia reunidos todos sus navíos y todos sus soldados; éstos, ensoborbecidos como él de una orgullosa esperanza, ya se compartian los cautivos y el botin, sin embargo de encontrarse lejos del enemigo

que despreciaban. Creen que no tiene otra cosa que hacer sino dar la vela, y que al día siguiente los piratas quedarán encadenados y su guarida destruida. Que las centinelas descuiden si quieren su vigilancia, y se entreguen al sueño; pueden muy bien soñar la derrota de sus enemigos. Entre tanto la mayor parte de los turcos se desbandan y van á ensayar su brillante valor contra los griegos. ¡Dignas hazañas de los hijos de Mahoma! Hacen lucir su sable á la vista de un

esclavo, roban su casa, pero no derraman la sangre: conocen su fuerza, y hacen alarde de su clemencia, desdeñándose de herir, porque no hallarian resistencia, á no ser que algun alegre capricho dirija sus brazos con el fin de adiestrarlos para un dia de batalla.

La noche se emplea en los excesos. Que los que quieran conservar la cabeza sobre sus hombros manifiesten un semblante risueño, que aplaudan á los musulmanes con toda la alegría de que son ca-

paces, que para exhalar sus maldiciones esperen el momento en que la costa se vea libre de su furor.

II.

Blandamente tendido en un sofá de su palacio, Seïde se halla rodeado de los oficiales de su ejército. Concluido el banquete hace que le sirvan la bebida prohibida por Mahoma, y los esclavos distribuyen á los otros gefes mas rígidos el licor que se extrae de la haba de Moka. Los *chibouques* (4) ardientes arrojan nubes de humo, y las *almas* (5) bailan al son de una música salvage. El dia verá

embarcarse á todos estos guer-
reros ; pero ellos se descon-
fian de las olas durante la no-
che , y el sueño despues de
los desórdenes es mas dulce
sobre los cogines de seda que
sobre el pérfido elemento. A
todos les es permitido el dis-
frutar de la fiesta : hasta el
dia siguiente pueden olvidar
el combate , y confiar en el
Alcoran mas bien que en sus
armas. Sin embargo , el bajá
tiene un ejército tan podero-
so que podria prometerse ha-
zañas de mas difícil éxito.

III (6).

En el momento se ve entrar pausadamente al esclavo encargado de vigilar en la puerta. Su cabeza se inclina profundamente y su mano va á tocar la tierra antes que se atreva á manifestar su mensaje en estos términos: »Señor, un dervís escapado de la isla de los Corsarios se ha presentado en palacio, y solicita deciros el resto." El bajá hace una señal al esclavo que introduce silenciosamente al

santo personage. Sus brazos se cruzan sobre su túnica de un verde oscuro, sus pasos son débiles é inseguros, su modo de mirar humilde, pero su vista se halla mas cansada por causa de las austeridades que por los años; su palidez parece mas bien el efecto de la penitencia que del temor. Su frente se halla guarnecida de una cabellera espesa consagrada á su Dios, y sostiene levantada una alta capucha. Una larga barba cubre su pecho, en el que su corazón no palpita sino por el amor del

cielo. Modesto, pero no tímido, repara sin cortarse las miradas curiosas de los que le examinan para adivinar el objeto de su sumision antes que el bajá le permitiese hablar.

IV.

»¿De dónde vienes, dervís?
—He huido de la isla de los piratas.—¿Desde cuando? ¿en que parage fuisteis aprisionado? —Me habia embarcado en el puerto de *Escalanova*, sobre un navio mercante que daba la vela para Escio; pero Alá no nos favoreció: los corsarios se apoderaron de nuestro navio y nos condujeron prisioneros. Yo no temia la muerte, ni tampoco tenia riquezas que perder, y solo po-

dian quitarme mi libertad. Finalmente la barca de un pobre pescador que descubrí durante la noche me volvió la esperanza: huí y encontré aquí la seguridad. ¿Cerca de ti, poderoso bajá, quien podrá conocer el temor?"

»¿Que hacen los piratas? ¿se preparan para defender sus peñascos y su botín? ¿tienen noticia de esta expedición que debe destruir á sangre y fuego una guarida de serpientes?"

»Bajá, los ojos de un cautivo, ocupados en llorar su li-

bertad, apenas pueden espiar á los que le retienen en los hierros, y el único ruido que llegaba á mis oídos era el estremecimiento de las olas que se negaban á transportarme lejos de mi prision. Mi vista solo contemplaba un cielo azul que alumbraba siempre un sol demasiado brillante para aquel que gime cargado de cadenas. Yo conocia que el dia que pudiese romperlas seria tan solo el que agotaria el manantial de mis lágrimas. Sin embargo, mi huida debe probar-te que los piratas se ocupan

muy poco del peligro que les amenaza : ¿ si una vista vigilante hubiera estado alerta para guardarme , me hubiera atrevido á buscar la dichosa casualidad que me conduce á este pais ? La guardia negligente que no ha impedido mi evasion se dejará sorprender por tus soldados. Pero , ilustre bajá , mi cuerpo debilitado padece por causa del hambre y de la fatiga ; permíteme que me retire. Que la paz sea contigo y con todos los tuyos. Yo debo obedecer á la voz de la naturaleza que me

pide alimento y reposo.”

»No te vayas, dervís; todavía tengo que preguntarte, siéntate, y oye mis preguntas, yo lo mando: mis esclavos te traerán con que satisfacer el hambre que padeces, pues no es justo que ayunes en medio de un banquete; pero luego que tu comida se concluya, prevenete á responderme sin ocultar cosa alguna y con claridad. Yo no gusto de misterios.”

Es inútil el tratar de adivinar lo que pasa en el espíritu del dervís; sus miradas

parecian dirigirse con inquietud sobre la corte reunida, manifiesta no gustar de los platos que le ofrecen, y todavía menos del respeto y de las consideraciones hácia los convidados. Un movimiento de despecho y de impaciencia altera un instante sus facciones; pero al punto lo reprime. Se sienta sin hablar una palabra, y su frente vuelve á adquirir su serenidad acostumbrada. Le presentan manjares suntuosos, y no llega á ellos, como si tuviesen veneno. Despues de un ayu-

no tan prolongado, y tantas fatigas, esta indiferencia debe sorprender justamente.» ¿Que tienes, dervís, crees que te presentan una comida de cristiano? ¿Te disgustan mis amigos? ¿Por que te desdeñas de tomar la sal, este símbolo sagrado, que una vez aceptado, afila el corte del sable, reúne los pueblos divididos y cambia los enemigos en hermanos?"

— »La sal, señor, entra en los condimentos de los manjares exquisitos y que incitan la sensualidad: yo no me ali-

mento sino con raices y no bebo otra agua sino la de los arroyos. Mis votos austeros y la regla de mi órden me vedan tomar ningun alimento con mis amigos, igualmente que con mis enemigos (7). Esto podrá sorprenderte; pero no arriesgo sino mi cabeza, y declaro, bajá, que por todo tu poder, ni por el trono del sultan consentiria nunca en comer sino me dejan solo. Si me atreviese á faltar á mis juramentos, la cólera del profeta podria oponerse á mi peregrinacion á la Meca."

»Está bien: yo no me opondré á tus piadosos escrúpulos; responde solo á una pregunta, y te retirarás en paz. ¿Cuántos piratas hay en la isla?... Pero esta luz no puede ser la claridad del dia. ¡Que astro, que sol resplandeciente brilla en la bahía que parece un lago de fuego! ¡A las armas! ¡á las armas! estamos vendidos! ¡Guardias, acudid! ¡mi alfange! ¡las galeras son la presa de las llamas y yo estoy aqui! ¡Dervís maldito! ¡mira tus noticias! ¡Este sin duda es un espia, que

se le aprisione y se le dé muerte!" Al repentino resplandor de las llamas el dervís se levanta, y su mudanza de vestido excita una nueva sorpresa. Ya no es un sacerdote de Mahoma, es un guerrero que se presenta con fiereza, y rasgando su larga túnica deja ver una cota de malla. La hoja de su sable luce como el relámpago, el casco estrecho, pero brillante, que cubre su frente está adornado con un negro penacho; sus ojos todavía mas brillantes y sus pobladas cejas, todo lo presen-

ta á la vista de los Musulmanes como un genio perverso cuyos golpes no amenazarán en vano. El alboroto confuso, las espesas nubes de humo que producía el incendio, las antorchas, los gritos causados por el espanto, el ruido de las armas que empiezan á cruzarse, y los ahullidos de los que pelean, daban á aquella costa el aspecto de una escena infernal.

Los esclavos turbados, desbandados y huyendo en desorden, no viendo por todas partes sino sangre y fuego, ha-

cian que en vano el bajá exclamase : » que se apoderen del dervís , de ese demonio desencadenado . » Él se aprovecha del terror para reprimir el primer movimiento de desesperacion que no le ofrecia sino el coger la muerte , porque demasiado pronto y demasiado bien obedecido , las llamas no esperaron su señal ; pone la mano sobre la corneta colgada de su cinturon , y hace oír al instante un sonido agudo : al momento fue correspondido : » ¡ Valor ! exclama , mis valientes compañeros ; ¡ he

podido nunca dudar de vuestro pronto socorro , y creer ni un solo momento que me habiais abandonado !” Su brazo terrible hace describir un círculo á su alfange , cuyos golpes reparan muy bien el tiempo que habia tardado en herir. Su furia pone el colmo al cobarde espanto de los que huyen. El suelo queda sembrado de turbantes hechos pedazos , y todos los Musulmanes han desaparecido de su vista. Apenas ha habido uno que se atreva á levantar el brazo para defender su cabeza.

Hasta Seïde , turbado por la rabia y la sorpresa se decide á huir sin dejar sus amenazas. Seïde no es cobarde; pero no se atreve á hacer frente á los golpes de su enemigo ; tan temible le parecia en medio del desórden. La vista de las galeras entregadas á las llamas pone al bajá fuera de sí; se arranca las barbas (8) y se retira echando espuma por la boca á fin de evitar la muerte; porque los piratas ya se habian hecho dueños de las puertas del haren y iban á caer sobre él. Vanamente sus

soldados espantados se arrodillan para pedir cuartel , y arrojan sus espadas ; no por esto deja de correr la sangre. Los compañeros de Conrado acuden por todas partes adonde la corneta y los gemidos de las víctimas que él degüella les advierten que su gefe siembra la muerte y la destrucion; llegan y le saludan viéndolo solo , arrojando miradas feroces , semejante á un tigre en medio de su guarida ensangrentada ; sus clamores son breves , pero la respuesta de Conrado aun lo es mas.

» ¡Está bien! amigos míos; pero Seide se nos escapa y nosotros hemos jurado su muerte; aun queda mas que hacer: el incendio devora las galeras, que tambien consuma la ciudad.»

Dijo, y cada uno tomó una antorcha. Los minaretes y los palacios son la presa de las llamas. Un gozo feroz anima los ojos de Conrado; pero ¿que es lo que le enmudece de repente? Son los gemidos de las mugeres, que como un sonido lúgubre vienen á entristecer un corazon al que no habian podido interesar los gritos de los moribundos. » Que se echen á tierra las puertas del haren: que no se ultrage á ninguna muger bajo pena

de muerte. Acordaos de que somos esposos, y la venganza caeria sobre el culpable. Nuestro enemigo es el hombre; contra el hombre deben dirigirse nuestras armas; pero respetemos la tímida muger, y que yo sea maldito para siempre si me atreviese é condenar á muerte á un sexo indefenso. Que me siga quien quiera; aun tenemos tiempo de ahorrarnos un crimen.”

Pasa la escalera que empezaba á hundirse. Sus pies no encuentran caliente el suelo, y apenas puede respirar en

medio de los torbellinos de humo; atraviesa todos los cuartos, le siguen, se busca y se encuentra el asilo de las mugeres. Cada uno coge en sus robustos brazos á una hermosa desconsolada, sin considerar su belleza, y tratando de calmar su espanto y sus gritos, la transporta con todos los cuidados que son debidos á la hermosura desgraciada: ¡tanto era el poder que tenia Conrado sobre los corazones feroces de los suyos y para dirigir sus manos ensangrentadas!

Pero ¿quien era la que lle-
 vaba Conrado en sus brazos
 en medio de los escombros
 que estaban humeando y de
 las ruinas del combate? Era
 la favorita de aquel de quien
 habia jurado la muerte, la
 reina del haren, y la esclava
 de Seïde.

VI.

Apenas Conrado tuvo tiempo para dirigir algunas palabras á la trémula Gulnara (9) con el fin de tranquilizarla. Durante los momentos del descanso que su humanidad concede á los vencidos, estos se admiran de no ser perseguidos en su huida precipitada, retardan sus pasos, se reúnen y se forman en batalla. Seïde, que fue el primero que conoció el corto número de corsarios, se aver-

gonzó de una derrota causada por la sorpresa y el miedo.

» ¡*Alá, Alá!*” este era el grito repetido de la venganza; la vergüenza se cambió en rabia de vencer ó morir, y nuevos arroyos de sangre van á reconquistar la victoria. El furor de los vencidos va á renovar el combate, y los vencedores van á defender sus vidas.

Conrado conoce el peligro, y ve á sus compañeros atacados por tropas recién llegadas.

» Un esfuerzo, exclama, para abrirnos paso.” Sus solda-

dos se reúnen, cargan, ceden, y todo queda perdido. Rechazados en un parage estrecho, atacados por todas partes, faltos de esperanza, pero con valor, todavía saben hacerse temibles. ¡Ah! solo se defienden en desórden, cargados, cortados, acribillados de golpes, y derribados, ninguno cesa de pelear en silencio; caen porque se han agotado sus fuerzas, y no por haber sido vencidos, y ensayan el dar el último golpe, hasta que el alfange se escapa de sus manos heladas.

VII.

Antes de empezar el combate, Gulnara y las mugeres del haren habian sido puestas en seguridad segun las órdenes de Conrado en una casa de la ciudad, en donde enjugaron las lágrimas que les habia hecho derramar el miedo de la muerte y de los ultrajes; entonces fue cuando la jóven Gulnara que tenia unos hermosos ojos negros, acordándose de los pensamientos que la habian agitado duran-

te su espanto , se admiró de la cortesanía que manifestaban los dulces acentos de Conrado. Le parece muy extraño que este pirata lleno de sangre , tuviese una figura mas amable que Seide en los transportes mas tiernos. El bajá amaba como si su esclava debiese estimarse por muy dichosa del don de su corazon. El Corsario se habia ofrecido como un protector, y habia tratado de calmar sus temores, como si este homenaje fuese uno de los derechos de la hermosura. » Yo experimento, se

decia Gulnara , un deseo quizas culpable; pero ¡cuan cruel es para una muger el experimentar vanamente el vivo deseo de volver á ver á este gefe valeroso, á fin de reparar á lo menos lo que el temor me ha hecho olvidar , y para darle gracias de haberme conservado una vida que el bajá, mi amante, no cuidó de asegurar !”

VIII.

En el momento le distingue en lo fuerte de la pelea, rodeado de cadáveres sangrientos, separado de los suyos, vendiendo cara su derrota, perdiendo su sangre por las heridas que habia recibido, no pudiendo encontrar la muerte, y finalmente prisionero para espiar todos los males que habia hecho.

Se le conserva la vida; pero es para hacerle padecer, mientras que la venganza in-

vente horribles tormentos : se detiene su sangre, pero es para hacércela derramar despues gota á gota, porque Seide quisiera verle siempre moribundo. ¿Era este el hombre que ahora poco marchaba triunfante, y que se hacia obedecer con solo un movimiento de su mano ensangrentada? Él mismo es , desarmado, pero no abatido , sintiendo solamente haber conservado la vida. Sus heridas..... son demasiado leves , aunque hubiera besado con mucho gusto la mano que se las hubiera hecho mortales.

¿Es posible que ningun golpe haya terminado sus dias, cuando todos los que él ha dado han causado la muerte? ¡Ah! ¡con cuanta amargura siento los rigores de su inconstante fortuna, cuanto las amenazas del vencedor anuncian los suplicios espantosos en los cuales van á espiarse sus crímenes! pero el orgullo que ha guiado su brazo le ayuda á disimular. La feroz compostura de su rostro le da mas bien el aire de vencedor que el de cautivo. Sin embargo de haber agotado sus fuerzas

por los trabajos de la jornada y por la sangre que ha perdido, hay muy pocos entre los que le rodean cuyas miradas manifiesten tanta tranquilidad como demostraban las suyas. Aquellos á quienes su brazo habia contenido empezaron á animarse y á hacer oír sus cobardes clamores; pero los valientes que lo han visto de cerca no insultan al que les ha hecho temblar, y los guardias feroces que lo conducen le admiran en silencio, penetrados de un terror secreto.

IX.

Se hace venir un médico, pero no es la piedad la que lo llama; se quiere saber lo que podrá resistir la vida de que goza todavía Conrado. Se le encuentran bastantes fuerzas para cargarle de hierros y para esperar que no será insensible á los dolores. Mañana, sí, mañana debe ser al ponerse el sol cuando se dará principio al suplicio del palo, y al regreso de la aurora sus verdugos irán á ver el efec-

to de sus tormentos ; se escogió el mas largo y el mas cruel, el que reúne á todas las angustias la de una sed que la muerte retarda apagar, mientras que los cuervos hambrientos revolotean al rededor de la estaca fatal. » ¡Agua! ¡agua!” exclama el desgraciado. El odio se la niega, porque si bebe muere al momento.

Esta es la muerte que se prepara al arrogante Conrado. El médico y los guardias le han dejado solo con sus cadenas.

X.

¡Como podrán pintarse los sentimientos que le agitan! él mismo tendria mucha dificultad en definirlos.

Existe sin duda un caos tenebroso y una guerra interior del alma , en cuya situacion se mezclan los elementos y combaten confusamente, cuando de repente se oye el tardío ruido de los remordimientos que exclama , pareciéndose á una furia infer-

nal: »¡Yo te habia advertido....!» ¡Ah! ¡es cuando ya no hay tiempo: ¡inútiles reconvencciones! una alma indómita que sabe sufrir con valor, deja el arrepentimiento á la debilidad, ninguna cosa puede conmoverla, ni aun en la hora terrible en que se descubre enteramente en medio de las memorias que la asaltan por todas partes, sin que una pasion ó un pensamiento dominante pueda apoderarse de ella y hacerle olvidar los otros. Los sueños de la ambicion se desvanecen;

el amor conoce sus pesares; la gloria y la vida se ven amenazadas á un mismo tiempo; es forzoso renunciar á la alegría que se esperaba, y no se puede satisfacer el odio y el desprecio contra aquellos para quienes nuestros males son una satisfaccion. Lo pasado no presenta ninguna esperanza, y el porvenir acude demasiado rápidamente para ocuparse del cielo ó del infierno. ¡Cuantos pensamientos y cuantas palabras que, sin que jamas hayan sido olvidadas, nunca se han ofre-

cido á la memoria con tanta importunidad! ¡cuantas que en otros tiempos nos parecían insignificantes ó amables, y cuya reflexion severa nos acusa como de otros tantos crímenes! El sentimiento del mal no es menos amargo porque haya estado mucho tiempo oculto. En una palabra, todo nos presenta el horrible cuadro del corazon puesto al descubierto, verdadero sepulcro en donde encontramos nuestros males sepultados cuando finalmente nuestro orgullo sublevado arranca y

rompe el espejo en que el alma se veía.

El orgullo puede ocultarlo todo, y el valor puede arrostrar todo lo que hay de espantoso antes y despues de una derrota.

No hay ningun mortal exento de algunos temores; solo la hipocresía puede disfrazarlos para merecer elogios.

El cobarde tambien hace alarde de su valor, y huye; el valiente sabe mirar la muerte con sangre fria y morir en silencio; él ha previsto el fin de su carrera, y ha prepara-

do tan bien su corazón, que cuando la muerte se acerca le cuesta muy poco el ir á recibirla.

XI.

Lo mas alto de una torre elevada fue el parage que escogió Seïde para encerrar á Conrado. Su palacio se hallaba reducido á cenizas , y esta torre servia á un mismo tiempo de asilo á su corte y de prision al cautivo. El corsario no tiene que murmurar contra la sentencia del bajá; si este hubiese sido vencido hubiera experimentado la misma suerte. En un calabozo solitario, Conrado se atreve á des-

cender al interior de su corazón culpable, y no existe sino una idea que no se determina á arrostrar: »¿Que sucederá á Medora cuando sepa estas tristes noticias?» Penetrado de este pensamiento levanta las manos y aprieta con rabia los hierros que las oprimen; despues de repente, tratando de hacerse ilusion, ó de engañarse por medio de falsas esperanzas, se esfuerza á sonreír pensando en su desgracia: »¡Y bien! exclama, ¡que Seide ordene mi suplicio cuando quiera ó

cuando pueda, tomemos el descanso que me es necesario para este día fatal!" A estas palabras, arrastrándose con trabajo hacia la estera, y sean cuales fueren sus desvarios, se duerme luego.

Apenas era media noche cuando había dado principio el combate; los proyectos que había meditado Conrado fueron ejecutados tan prontamente, y el demonio, protector de la mortandad, supo aprovechar tan bien el tiempo, que hubo muy pocos crímenes que no hubiesen sido

cometidos en esta noche funesta: una hora bastó á Conrado para disfrazarse, descubrirse, vencer, ser vencido, prisionero y sentenciado; siendo alternativamente corsario sobre las olas, general en tierra, enemigo terrible y humano, encerrado en un calabozo y entregado al sueño.

XII.

Este sueño parecía tan profundo que apenas se le oía respirar: muy dichoso si hubiera sido el sueño de la muerte. Pero ¿quien se acerca á su prision silenciosa? sus enemigos se han retirado, y no tiene amigos en aquel pais. ¿Es un ángel enviado del cielo para anunciarle su perdon? no, es un ser mortal bajo la figura de una divinidad. Su mano de alabastro sostiene una lámpara que tiene cuidado de

tener retirada temiendo que la luz repentina de la claridad no hiera los párpados de aquel que no puede abrir los ojos sino al dolor, y cerrarlos en seguida para siempre.

¿Que hermosura es esta á quien se advierten unos ojos negros y una frente tan hermosa adornada con las trenzas de una cabellera que se halla sujeta con lazos de diamantes? ¿Cual es ese talle aéreo, cuyo pie desnudo tiene la blancura de la nieve, y como ella cae silenciosamente sobre la tierra? ¿Como ha

podido penetrar hasta aqui á pesar de los guardias y de la noche? ¡Ah! ¡preguntad mas bien lo que puede una muger á quien inspiran la juventud y la compasion como á ti, hermosa Gulnara!

Gulnara no ha podido dormir, y mientras que el bajá dormita, ocupándose hasta en sueños de su terrible prisionero, se escapa de su lado despues de haberle quitado el anillo que le sirve de sello, y el mismo con que ha adornado algunas veces su dedo por entretenimiento.

Provista de esta señal preciosa que los guardias deben respetar, atraviesa las filas de soldados medio dormidos sin ser apenas preguntada. Estos, cansados por la fatiga del combate, hubieran envidiado el descanso de Conrado; su cabeza titubea y cae á cada momento sobre su pecho; sus miembros están perezosamente tendidos; han cesado de vigilar y se contentan con levantar un momento los ojos sobre el anillo que se les presenta sin cuidarse de la mano que lo trae.

XIII.

Gulnara se admira: »Duerme, dice, mientras que unos lloran su derrota, otros los golpes que ha dado, y mientras que mi inquietud guia hácia él mis errantes pasos. ¿Que repentino encanto ha podido hacérmelo tan apreciable?... Es cierto que yo le debo la vida, y que á todas nos ha salvado del fuego del incendio. ¡Reflexiones tardías!.... pero silencio; su sueño se interrumpe: ¡con cuan-

ta pena suspira! ¡Vedle ya despierto!”

Conrado levanta la cabeza, y sus ojos deslumbrados por la claridad dudan lo que ven. Sus manos se mueven, y el ruido de las cadenas le advierten tristemente de que vive todavía.

»¿Que veo? dice: es una divinidad aérea, ó mi carcelero se halla dotado de una maravillosa hermosura.”

»¡Pirata! yo no te soy desconocida: tú ves una muger reconocida por una acción muy rara vez repetida por los

que tienen una vida como la tuya. Mírame , y acuérdate de la que salvastes de las llamas y de tus soldados aun mas temibles que ellas ; vengo á verte en medio de las tinieblas ; ¿ con que designio ? Creo que yo misma lo ignoro , pero no es con ninguna intencion funesta , no, no soy yo quien desca tu muerte.”

» Siendo esto asi , muger celeste , responde Conrado, tú eres aqui la única persona que no mire como una fiesta la idea de mi suplicio. Mis

enemigos han sido afortunados; que usen del derecho que les da esta circunstancia; pero sea lo que fuere, yo les debo dar mil gracias por el cuidado que han tenido de enviarme un confesor semejante en mi última hora.”

Por extraña que parezca esta idea, existe una especie de gozo en la extrema desgracia, un gozo que no alivia, es cierto, porque el dolor pocas veces se cambia; pero su sonrisa por amarga que sea, es sin embargo una

sonrisa. Los hombres mas prudentes y los mas virtuosos han chanceado algunas veces sobre el cadalso (10). Todos pueden estar engañados en semejante ocasion , excepto el corazón de aquel que sufre. Cualquiera que fuese el sentimiento que experimentase Conrado en este momento, una sonrisa agreste descubrió un poco su negro entrecejo, y sus acentos expresaron la alegría como si fuese por la última vez.

Pero no habia ninguna cosa que estuviese mas lejos de

su caracter, y solo muy rara vez interrumpia el curso de sus negros pensamientos.

XIV.

» ¡Corsario! tu sentencia está ya pronunciada, pero yo puedo todavía aplacar la cólera del bajá; quiero salvarte: quisiera que fuese desde este momento; pero ni el tiempo que es muy corto, ni tus fuerzas pueden dar esta esperanza. Haré cuanto sea posible para retardar la ejecución que apenas te concede un día de vida. El intentar más esta noche nos sería muy perjudicial, y tú mismo te rehusa-

rias á correr el riesgo de una perdicion comun de entrambos.”

— »Sí, ¡me negaria á ello! mi alma se halla dispuesta á todo: yo he bajado demasiado para temer el bajar mas. Renuncia á todo proyecto peligroso, y no me lisonjees mas con la esperanza de poder escaparme de unos euemigos con los cuales no podré medir mis fuerzas. ¿Siéndome imposible el vencer iré á huir cobardemente y seré el único de mi tropa que no se atreverá á morir? Sin embar-

go, yo tenia una amiga cuya memoria me aflige hasta hacer derramar lágrimas á estos ojos que ya son tan sensibles como los suyos. Mis únicos recursos durante mi vida eran mi navio, mi querida y mi Dios: he abandonado á mi Dios en mi juventud, y él me abandona actualmente: el hombre que me oprime no es otra cosa sino el instrumento de sus venganzas. Me encuentro muy lejos de pensar en burlarme del cielo dirigiéndole oraciones serviles, hijas de una tímida desesperacion;

respiro todavía y todo puedo soportarlo; esto es lo bastante para mí. Mi espada ha sido arrancada de mi brazo, que hubiera debido corresponder mejor á la confianza de los valientes que dirigia; mi navío debe ser la presa de las olas, ó estar en poder de Seïde. Pero mi querida, lo confieso, pero ella aun podría implorar al cielo: mi muerte va á destrozar un corazon tan tierno, y á marchitar unos atractivos que antes de haber visto los tuyos, hermosa Gulnara, habia creído que no po-

dian hallarse otros semejantes.”

» ¡Tú amas pues á otra! Pero ¡que me importa! sí, sin duda me importa muy poco; ¡sin embargo tu amas! ¡cuanto envidia á los que encuentran corazones fieles, y que mas dichosos que yo no experimentan la dudosa inquietud y la necesidad de ilusiones que me atormentan?”

» Gulnara, yo habia creido que tu amabas á aquel para quien mi brazo te libró de las llamas y de la muerte.”—

» ¡Yo amar al feroz Seide! ¡no,

no, jamas! En vano ha sido el haber intentado corresponder á su pasion; el amor no habita sino con la libertad; yo soy esclava, esclava favorita sin duda, destinada á participar el esplendor que rodea á Seïde y á parecer dichosa. Muy á menudo tengo el disgusto de preguntarme á mí misma si amo, y me apresuro á responder que no. ¡Cuan duro es ser el objeto de una ternura semejante, y hacer vanos esfuerzos para corresponder á ella! Pero sin duda aun es mas cruel el di-

simular un sentimiento de otra especie á aquel que lo inspira. Seide coge esta mano que yo ni doy ni rehusó; el frio latido de mis venas no se demuestra ni mas lento ni mas rápido, y cuando la suelta cae como un cuerpo inanimado, alejándose del hombre á quien nunca se ha amado bastante para poder ser aborrecido. La impresion de sus labios encuentra los míos sin calor, y sus caricias me causan calofrios y me hielan. Sin duda si yo hubiera experimentado el fuego del amor,

hubiera podido hacerle suceder el odio; pero veo siempre con la misma indiferencia á Seïde que me deja y que vuelve cerca de mí: suspira frecuentemente, y está bien lejos de mi pensamiento. Temo el porvenir, y solo me causará nuevos disgustos. Soy esclava del bajá; pero á pesar del orgullo de su rango, seria mas funesto para mí el tenerlo por esposo que por señor. ¡Que no pueda olvidar el capricho que lo une á mí! ¡Ah! ¡si él quisiera tenerlo en favor de otra, si él quisiera

abandonarme!.... ¡Aun ayer hubiera dicho á mi indiferencia!.... sí, pero si finjo hoy una ternura que demuestra muy rara vez, ten presente, desgraciado prisionero, que lo hago para romper tus hierros, para pagarte la vida que me has salvado, y finalmente para volverte á aquella amiga que disfruta de un amor que yo no conoceré jamas. Adios, el dia va á llegar; no temas la muerte en todo el de hoy.”

XV.

Aprieta sus manos encadenadas contra su corazón, baja la cabeza y en seguida desaparece silenciosamente como un sueño agradable. ¿Era sin duda Gulnara quien estaba allí? ¿Conrado estaba en efecto solo? ¿Que perla brillante es la que ha caído sobre sus hierros? Es una lágrima sagrada derramada sobre los males de un desgraciado, y que la compasión ha dejado escapar como una per-

la pura, trabajada por una mano celeste. ¡Oh, lágrima demasiado persuasiva la que deja correr los ojos de una muger! ¡tú eres un arma con la cual la debilidad sabe enternecer y subyugar, y que alternativamente le sirve de lanza y de escudo! Mortales, desconfiaos de la vista de una muger desconsolada. ¿Que es lo que ha podido hacer huir un héroe y quitarle el imperio del mundo? Una tímida lágrima de Cleopatra. ¡Ah, que se perdone la falta de Antonio! ¡Cuántos pierden el

cielo como él perdió la tierra! ¡Cuantos entregan sus almas al enemigo eterno del hombre, y ponen el colmo á su miseria, para enjugar el llanto de una hermosura inconstante!

XVI.

La aurora renace y sus rayos brillan sobre las facciones alteradas de Conrado, sin volverle á traer la esperanza del dia anterior. ¿Que será está noche? Quizas un cuerpo inanimado sobre el cual extenderá sus alas fúnebres un buitre carnicero; sus ojos ya cerrados no distinguirán cosa alguna, y durante la ausencia del sol, los vapores húmedos de la noche extenderán la frescura á su rede-

dor para reanimarlo todo en la naturaleza, excepto su cadaver atormentado.



Canto tercero.

Come vedi, amor non m'abbandona.

(DANTE).

I.

El sol, mas brillante al fin de su carrera, desaparece poco á poco detras de las colinas de la Morea. No se le ve cubierto de nubes como en los climas del norte; nada os-

curece el resplandor de sus fuegos: uno de sus rayos cae sobre el mar silencioso y dora sus olas azuladas. La antigua roca de Egipto y la isla de Idra reciben su última sonrisa: parece que se aleja con disgusto de estos países en donde se le ve brillar con todo su resplandor, sin embargo de que sus altares se encuentren destruidos. Las sombras resbalan rápidamente desde las alturas sobre tu golfo glorioso, ¡temible Salamina! Las cumbres azuladas de los montes están coronadas de

un hermoso color purpúreo que le dan los rayos espirantes del astro del día, hasta que finalmente extendiéndose sobre la tierra y sobre los mares el velo de las sombras, se oculta enteramente detrás de la roca de Delfos.

Al acercarse una noche semejante, fue cuando el sol arrojó sus mas pálidos rayos sobre Atenas, y cuando pereció el mas virtuoso de los hombres (11). ¡Con que pena veian sus amigos la declinacion de un dia que debia ser el último del sabio que se hallaba

condenado á muerte! »Esperad, les dice, el sol luce todavía sobre las colinas. La estimable hora de nuestros adioses aun no se ha pasado.» El astro luminoso entristece los ojos que la muerte va á cerrar, y los colores risueños de las montañas no tienen para ellos nada de sombrío. Parece que Febo esparce oscuros rayos sobre una tierra que hasta ahora no ha conocido sino su amable sonrisa; pero antes de haberse eclipsado detras del monte Citeron la copa fatal ya se hallaba vacía. El al-

ma de aquel que ha despreciado la huida y el temor; de aquel, que entre los héroes paganos ha vivido y acabado como pocos mortales de su misma religion, se exhala (12). Pero ya desde las cumbres del Himeto hasta la llanura, la reina de las noches empieza su silencioso reinado: su frente de plata se halla descubierta, y su disco luminoso no se encuentra rodeado de ninguna nube, triste presagio de las tempestades. Sus rayos van á romperse sobre las cornisas de las blancas columnas,

y comunican su brillante resplandor al emblema de la diosa colocada sobre la flecha del minarete. Los bosques de oliuos extendidos á lo lejos, las aguas ascasas y pacíficas del Céfiso, el cipres que se eleva tristemente al rededor de las mezquitas sagradas, los hermosos kiosques (15) de mil diferentes colores, y el sombrío follage del palmero solitario cerca del templo de Teseo; todos estos objetos variados encantan la vista, y seria muy poco sensible el mortal que los mirase con indiferencia.

Mas lejos, el mar Egeo ha
calmado su seno irritado, y
desenvuelto magestuosamen-
te sus olas de záfiro y de oro,
mientras que las islas, que se
elevan en medio de las olas
corren á lo lejos la cortina de
sus sombras, cuyo severo as-
pecto contrasta con la hermo-
sura del Océano (14).

ad oegitara lo joib! esMh-
 y, obairi o **II.** na oimho
 -nemousteoim gestuamem-

Ya es tiempo de volver al objeto de mis cantos ; ¿ pero, ó Atenas, quien puede ver los mares que bañan tus costas y no olvidar la musa que la inspira ? ¡ es la magia de tu nombre tan superior á toda otra memoria ! ¿ Quien puede admirar bastantemente el cuadro que ofrece tu antigua ciudad ? No será seguramente aquel cuyo corazon no conoce tiempo ni distancia, y que un encanto irresistible conduce

siempre en medio del grupo de las Cicladas. Este homenaje no es extraño á mis acen-
tos: tú eras antes la señora de la isla de mi Corsario; ojalá que libre algun dia puedas darle todavía tus leyes.

III.

El sol ha desaparecido :
Medora sentada en la altura
en donde se halla colocado el
fanal, siente desfallecer su
corazon mas melancólico que
la noche.

Tres dias se habian pasado;
Conrado infiel á su promesa
no llega todavía; nadie se pre-
senta de su parte ; el viento
es favorable, aunque flojo, y
ninguna señal de tormenta se
habia manifestado.

El navio de Anselmo entra

en la bahía, ¿que noticias trae? no ha encontrado á Conrado. ¡Ah! sin duda, si él hubiera esperado á este navio, su suerte seria muy diferente. La brisa de la noche empieza á soplar; Medora ha pasado el dia observando todos los objetos que su esperanza la presentaba á lo lejos y que podian parecerle una vela. Al fin su impaciencia la arrastra á las orillas del mar, en donde errante y desconsolada sin hacer atencion á la espuma de las olas que salta sobre sus vestidos, y que le advierte que

se aleje, se para y permanece sin reparar ni ver cosa alguna; solo su corazón helado es el que experimenta las más tristes angustias. Esta inquietud prolongada le pinta su desgracia con tanta certeza que la vista de Conrado le hubiera costado la vida ó la pérdida de su juicio.

Finalmente llega una lancha medio destrozada : los que conduce han encontrado inmediatamente á la que buscan. Algunos vienen heridos, y todos parecen muy maltratados. ¿Como han podido es-

caparse? apenas es dado explicarlo; todo lo que pueden decir es que han huido. No atreviéndose á manifestarse, cada uno espera que su compañero sea el primero que refiera sus tristes conjeturas sobre la suerte de Conrado. Quizas hubieran dicho alguna cosa; pero temian que Medora no la oyese. Ella lo comprende, pero no tiembla ni desfallece bajo el peso del dolor.

En sus facciones delicadas, Medora ocultaba sentimientos llenos de fuerza que no demostraba hasta despues de

haber reunido toda su energía. Mientras que sobrevivía, la esperanza, daba un libre curso á su ternura y á sus lágrimas, y cuando todo estaba perdido, su sensibilidad no moría: se hallaba dormida, y de este sueño pasagero nacia una fuerza que le decia: »pues que ya no tienes nada mas que amar, tampoco tienes nada que temer.” Esta fuerza era sobrenatural y semejante á la que resulta de un delirio cuando se experimenta una fiebre abrasadora.

» Vosotros callais, decia;

pero supuesto que no os pregunto cosa alguna, ¿por que no os atreveis á hablar ni respirar? Yo lo sé todo.... ¡Ah! sin embargo quisiera interrogaros.... mi boca casi lo rehusa.... Vamos, decid en pocas palabras, ¿que se ha hecho Conrado?" — »Lo ignoramos, señora: hemos tenido mucho trabajo para poder huir á fin de salvar nuestras vidas.... pero ved aqui un camarada que pretende asegurar que no ha muerto; él lo ha visto herido, prisionero y vivo todavía."

Medora no oye mas que esto, y todos los pensamientos que hasta entonces habia procurado apartar se le presentan á un mismo tiempo. Estas tristes palabras han oprimido su alma; titubea y cae casi sin vida. Las olas van á ampararse de un cuerpo que muy pronto reclamará otra sepultura; las toscas manos de los que la rodean se apresuran á sostenerla, y sus ojos dejan escapar las lágrimas que exige la compasion. Riegan sus mejillas con la onda amarga, levantan á Medora, agi-

tan el aire á su rededor para que vuelva á la vida, llaman á sus mugeres y dejan entre sus brazos á la que despedaza su corazon. Van á encontrar á Anselmo en la caverna con el fin de darle noticias de su momentánea y corta victoria.

IV.

En esta asamblea salvaje resuenan los gritos de cólera y de terror, de guerra y de venganza; las palabras de paz y de huida nunca fueron pronunciadas, porque el espíritu de Conrado reinaba todavía entre sus compañeros, y les impedía entregarse á la desesperacion. Cualquiera que sea su suerte, muerto ó vivo, los corazones que ha formado y que ha mandado juran libertarlo ó vengarlo.

¡Desgraciados enemigos! aun hay un pequeño número de valientes que le son adictos y cuya audacia igualará á su valor.

¡Desgraciados enemigos! ¡Hay un pedruzco número de valientes que le son adictos y

En la habitación secreta del haren, Seide sueña el suplicio de su prisionero. Sus pensamientos divididos entre el amor y el odio, se ocupan de Gulnara y de Conrado. La hermosa esclava se halla á sus pies, espiando el momento favorable en que su frente manifieste alguna serenidad. Sus ojos negros procuran atraer los de Seide con el fin de enternecerlo; pero el bajá finje recorrer atenta-

mente las cuentas de su rosario (15), mientras que ocupan toda la atención de su alma los tormentos de su víctima.

«Ilustre bajá, dice finalmente Gulnara, la fortuna se complace en favorecerte, la victoria se ha fijado sobre tu penacho: Conrado se halla preso y los corsarios ya no existen. Tú has pronunciado su sentencia; él va á morir y merece la muerte: ¿pero su suplicio es suficiente á tu odio? concediéndole un momento de libertad, ¿no sería

mas prudente recibir sus tesoros por premio de su rescate? se ponderan sus inmensas riquezas: ¡quiera el cielo que tú seas su dueño! Mientras tanto Conrado abatido, debilitado de resultas de este fatal combate, vigilado y seguido por todas partes, será una presa fácil; pero si muere, el resto de sus compañeros embarcará el botin para buscar un asilo en otro clima.”

»Gulnara, si por cada gota de su sangre me ofreciesen un diamante de mas valor que el de Constantinopla,

si por cada uno de sus cabellos me ofreciesen una mina de oro aun vírgen, si todos los tesoros que ponderan nuestros cuentos árabes se pusiesen á mi vista, todas estas riquezas no podrian rescatar al Corsario. Su suplicio no se retardaria una hora si yo no supiese que se halla en mi poder cargado de cadenas, y si en mi sed de venganza no tratase de imaginar los tormentos mas largos y mas crueles.

»Tu tienes razon Seïde, yo no me propongo contener

tu ira, es demasiado justa para que dé oídos á la piedad. Mi idea era solamente el verte adquirir las riquezas de nuestro enemigo, y en seguida despues de rescatado, privado de la mitad de su ropa y de sus recursos, caeria en tus manos luego que quisieras.”

» ¡Cuando yo quisiera! ¡y dejaré escapar á un malvado por un solo dia, cuando está ya bajo mis hierros! ¡Yo daré libertad á mi enemigo! y ¿por intercesion de quien? ¿por la tuya, hermosa supli-

cante? Mira el reconocimiento que te inspira un momento de humanidad al que deben la vida mis mugeres..... ¡Ah! sin duda él ignoraba el precio de lo que conservaba. Merece tambien mis elogios y mis gracias ; pero escucha un consejo que quiero darte: yo desconfio de ti, muger pérfida ; cada una de tus palabras confirma las sospechas que tengo. Cuando los brazos del Corsario te sacaron de enmedio de las llamas, ¿era contra tu gusto el huir con él del serrallo?.... No tie-

nes necesidad de responderme; los colores que se manifiestan en tu rostro hacen traicion á tu corazon culpable: y bien, hermosura hechicera, ¡ten cuidado de ti misma! no es tan solo la vida de Conrado la que debe interesarte..... Aun añadiré una palabra, y no hablaré mas del particular: ¡maldito sea el instante en que te salvó del incendio! mejor hubiera sido para ti.... pero no, entonces yo hubiera llorado tu muerte con el dolor de un amante, y en este momento

es tu señor el que habla. ¿Ignoras, pérfida, que sé como puede impedirsete la huida? No es con emenazas del modo que castigo á los que me ultrajan; vive con cuidado, y teme el castigo de la falsedad.”

Seide se levanta y se aleja á pasos lentos, no dejando de dirigir sus miradas amenazantes y terribles: ¡Ah! esta muger intrépida no se conmueve. Un rostro irritado no le presenta nada que le espante, y las amenazas no son suficientes para subyu-

garla. Seide conocia muy poco lo que podia el amor sobre su corazon tierno, y hasta qué grado podia llevar la audacia animada por el resentimiento. Las sospechas del bajá parece que la ofenden, y él ignoraba todavía las profundas raices que habia echado en su corazon un sentimiento del que nace la compasion. Ella era esclava, y un cautivo tiene derechos para interesar á todos los que se hallan privados de la libertad. Sin hacer atencion á la turbacion que la agita, se

apresura á exponerse de nuevo á la cólera del bajá ,y consigue calmarlo, cuando finalmente experimentó en su alma aquel desórden de ideas que es el manantial de las desgracias de la muger.

VI.

Mientras tanto Conrado pasaba lentamente los días y las noches, viéndose siempre acosado de las mismas inquietudes. ¡Ah! si su alma no hubiera sabido dominar el terror, ¿como hubiera podido soportar las horas divididas entre el temor y la incertidumbre, cuando á cada momento podia empezar para él un suplicio peor que la muerte; cuando todos los pasos que repetia el eco de su prision

podian ser los de los verdugos que iban á conducirlo al palo, y cada voz que oia la última que hiriese sus oidos? Su alma altiva, á pesar de los dolores que la oprimian, habia perdido toda su energía; pero todavía sabia soportar el conflicto de pensamientos mas temible que los combates en que Conrado se ha hallado. El calor de la accion, y el extrago de las tempestades no dejaban debilitar ninguna idea: pero el verse cargado de hierros en un calabozo solitario; tener siempre

presentes mil memorias que despedazan el alma; escudriñar los secretos del corazón; reprenderse las faltas irreparables y ver acercarse el inevitable porvenir; contar las horas que todavía nos separan de la muerte, sin tener un amigo que nos grite ¡valor! ó á quien podamos decir cuan poco sentimiento nos costará la pérdida de la vida; verse rodeado de enemigos siempre dispuestos á calumniar y á manchar los últimos instantes de nuestra existencia; verse amenazado de los tor-

mentos que el alma se siente muy capaz de despreciar, pero que quizas superiores á las fuerzas del cuerpo, nos hacen temer que un grito escapado al dolor, no arranque al valor la última gloria que le queda, la de saber sufrir; dejar esta vida sin poderse lisonjear de conseguir la del cielo que no está concedida sino á los elegidos; pero sobre todo verse desposeer de una dicha mas cierta que la de un paraiso dudoso, una tierna amiga que nos hizo un Eden de la tierra.... ved los

pensamientos que atormentaban el cautivo ; ¡ estas eran sus angustias mucho mas espantosas que ningun dolor mortal !

Tal era el destino de Conrado ; ¿ como lo soporta ? que importa , supuesto que lo resiste todavía.

VII.

El primer dia se pasa y Gulnara no parece: el segundo y el tercero tambien se han pasado, y aun no ha vuelto; pero lo que prometió supieran obtenerlo sus atractivos. Sin ella Conrado no hubiera vuelto á ver lucir el sol.

El cuarto dia finaliza; una tempestad viene á mezclar su horror con la obscuridad de la noche. ¡ Con que atencion escucha Conrado el cho-

que ruidoso de las olas que hasta entonces nunca habia interrumpido su sueño! Su imaginacion agreste se estravió inspirada por el elemento que amaba. ¡Cuántas veces ha volado sobre el lomo de las olas rápidas! ¡Cuánto gustaba de su agitacion que hacia mas pronta su carrera! Ahora el bramido del Océano es para él una voz muy conocida que le advierte en vano que no se halla separado sino por una corta distancia.

El viento hacia oír largos

silbidos , y la bóveda del calabozo resonaba con el ruido de los truenos. Al traves de las barras de hierro brillaban los relámpagos, cuya luz alegra mas á Conrado que la del astro de las noches : arrastra sus pesadas cadenas para atraer el rayo, y levantando sus brazos cargados de hierro, ruega al cielo que por efecto de su piedad envíe uno que le aniquile. El metal que le encadena y sus votos impíos llaman igualmente al rayo. La tempestad pasa, desdeña su súplica, y Con-

rado gime como si un amigo infiel hubiere despreciado sus ruegos.

VIII.

Las doce de la noche habían dado; unas pisadas ligeras se acercan á su puerta maciza y se paran. Conrado oye sonar el cerrojo estrepitoso y volver la llave con sonido triste. Su corazón lo ha adivinado; es la hermosa Gulnara, que para él es un ángel protector tan hermoso como un prisionero pintado á la esperanza. Sin embargo está algo mudada desde la primera vez que vino: la pa-

lidez reina sobre sus miembros. Fija sobre Conrado una vista inquieta y afligida que hubiera dicho á falta de sus labios: »¡Es necesario morir, sí, morir! un solo medio puede salvarte, el único y el mas terrible; pero aun lo es mas el tormento.»

»¡Gulnara! yo no busco ningun medio; lo he dicho y lo repito, Conrado es siempre el mismo. ¿Para que querer salvar la vida de un proscrito y arrancarlo del suplicio que le espera y que ha merecido justamente! Sí, y

quizas no soy el solo : yo he merecido muy bien la venganza que prepara Seïde."

—» ¡Por que! ¡tú quieres saber por que! ¿No has liberado tú á Gulnara de una suerte peor que la esclavitud? ¡Por que!... ¿La desgracia te ha cerrado los ojos sobre los tiernos proyectos de una muger? ¿Lo confesaré? Sin embargo que mi sexo deba ocultar lo que yo siento; á pesar de tus crímenes mi corazon se halla conmovido á tu favor; tú me has inspirado el temor, el reco-

nocimiento, la piedad, la rabia y el amor.... No me respondas nada. No me digas mas que amas á otra, y que es en vano que yo te ame. Quiero que me iguale en ternura como en hermosura; pero yo arrostro un peligro que la haria temblar. ¿Su razon es digno del tuyo? ¡Ah! ¡si yo fuese tu querida, no estarias aqui solo! ¿Esposa de un proscripto por que te deja ir errante sin acompañarte sobre los mares? ¿que cuidado la contiene en tu isla? Pero dejemos este dis-

curso.... sobre tu cabeza y sobre la mia una espada cortante se halla suspendida por un solo hilo. ¿Tienes aun valor? ¿quieres quedar libre? recibe ese puñal, ven; y sígueme.”

—» ¡Seguirte! ¡y mis cadenas! ¿Cargado con un adorno semejante podré atravesar sin hacer ruido por entre los guardias medio dormidas? ¿has olvidado esto? ¿es este el equipage de un hombre que quiere huir? ¿este puñal es un arma bien temible en el combate?”

» ¡Hombre desconfiado! los guardias , siempre dispuestos á rebelarse por el atractivo del oro, están ganados , y una sola palabra que salga de mi boca hará caer tus cadenas. ¿Sin ninguna ayuda me encontraria á tu lado? Despues que vine á verte aproveché el tiempo, ¡y si me he hecho culpable es por ti! ¡Culpable! ¿puede ser un delito el castigar á Seïde? este tirano detestable debe morir. Te veo estremecer; mas mi alma está muy cambiada , se le ha prodigado el ultrage y el des-

precio , pero será vengada. Se la ha creído capaz de una traición que hasta ahora no había imaginado : ¡ah! demasiado fiel , aunque sumergida en una amarga esclavitud..... tú te sonríes , pero puedes creerlo , Seide no tenía ningún motivo para quejarse. Entonces yo no era pérfida , y tú no me inspirabas tanto amor ; pero Seide lo ha sospechado : y los celos, esos tiranos que atormentándonos sin cesar nos inspiran la traición, merecen muy bien el castigo que predicen sus

enojos. Jamas he amado al bajá ; él me ha comprado.... quizás un poco cara porque mi corazon no pudo serle vendido. Yo era una esclava humilde : él dice que yo hubiera huido contigo de buena gana. Miente , tú lo sabes ; ¡ pero desgraciados los que son profetas como él ! Sus injurias realizan las predicciones. ¿ Crees tú que ha sido por mis súplicas por lo que ha diferido tu suplicio ? No , esta gracia pasajera le da tiempo para preparar los mas horribles tormentos para ti , y para Gul-

nara una desesperacion mas cruel. Mi vida tambien se ha visto amenazada ; pero su loca pasion ha retardado la venganza ; esperará á que mis atractivos dejen de agradarle. Entonces se abrirá para mí el saco fatal, y seré sepultada en las aguas. ¿Permitiré pues á su capricho que me trate como un juguete que arroja un niño porque ya ha perdido la hermosura? Yo te he visto, te amo , y te lo debo todo; quiero salvarte aunque no sea sino para probarte lo que puede el reconocimiento de una

esclava. Los juramentos que pronuncia el bajá cuando está dominado por la cólera, se hallan exactamente cumplidos; pero aunque él no hubiera amenazado mi vida y mi honor, yo te hubiera liberado sin atentar á la vida de Seïde, es cierto. Aquí me tienes toda tuya, dispuesta á todo; tú no me amas, tú no conoces á Gulnara, quizás tú la odias. ¡Ah! ¡el amor y el odio me eran igualmente desconocidos! ¿Que tú no puedas conocerme? ¡Tú no resistirías con temor al fuego que arde

en un corazón nacido en estos climas! Este fuego es el fanal que te salva del naufragio y te hace ver en el puerto la lancha que debe favorecerte; pero el tirano duerme en uno de los cuartos que vamos á atravesar.... ¡su sueño debe ser eterno!”

— » ¡Gulnara, Gulnara! hasta este momento jamás había conocido mi despreciable fortuna. Seide es mi enemigo; y él nos hubiera destruido á todos sin piedad declarándonos la guerra. Yo me puse sobre mi navio para cruzar mi al-

fange con el suyo; esta es mi arma, y no el pérfido puñal. El que respeta la vida de una muger, respeta tambien al enemigo que duerme: cuando te liberté de las llamas experimenté un gozo inexplicable; no me dejes pues creer que mi humanidad se ejerció sobre un objeto que no era digno de ella. Adios pues, tranquiliza tu corazon. La noche se pasa, es la última concedida á mi reposo sobre la tierra.”

» ¡Está bien! ¡descansa, desgraciado! el sol saliente verá empezar tus tormentos y pal-

pitar tus miembros sobre el palo que te espera. Yo he oído dar las órdenes y he visto preparar tu suplicio; pero no asistiré. Tú quieres morir, moriré contigo.”

»Mi vida, mi amor, mi odio y todo lo que me une á la tierra depende de un solo golpe, y sin verificarlo la huida es inútil. ¿Como podrán evitarse las persecuciones de Seïde?.... Además, ¿olvidaré mis injurias, mi juventud desgraciada, los muchos años consumidos en el llanto?.... Mi venganza forma nuestra segu-

ridad; pero supuesto que el puñal no es un arma digna de tu mano, probaré la de una muger. Los guardias están ganados: dentro de un momento, Conrado, estamos salvos ó perdidos; si mi débil brazo me hace traicion, la aurora dejará ver tu suplicio y mis funerales.”

IX.

Despues de estas palabras, vuelve la cabeza y desaparece antes que Conrado pueda responderla. Él la sigue con la vista admirada é inquieta, y recogiendo del mejor modo posible los eslabones de sus pesadas cadenas, á fin de hacer para seguir los pasos de Gulara muy poco ruido, se arrastra bajo el supuesto que los cerrojos ya no se oponen á su evasion. La oscuridad y las revueltas de un parage

desconocido le detienen : no encuentra guardias ni lámparas, y de repente un sombrío resplandor hiere su vista. ¿Se acercará? ¿huirá de esta claridad que apenas distingue? La casualidad guía sus pasos. Su frente recibe la impresión de una frescura repentina que parece la de la mañana, porque había llegado á una galería descubierta. El cielo ofrece todavía á su vista la última estrella de la noche; Conrado no hace atención; otra claridad en un cuarto solitario es la que atrae su vis-

ta. Una puerta entreabierta le permite ver una lámpara y no otra cosa. Alguno se acerca con paso precipitado, se detiene, se vuelve, se detiene todavía: finalmente es Gulnara, sin puñal en su mano y sin ningun indicio del crimen.» ¡Bendito sea, dice, ese corazon restituido á la tranquilidad! ¡no ha podido dar el golpe!” — La observa de nuevo, y su vista admirada parece herida de terror á los repentinos rayos del dia. Hace un movimiento para poner sobre sus espaldas sus cabellos des-

ordenados que cubrían todo su rostro y el alabastro de su garganta; parece que ha salido de un momento de sueño, de duda, ó de terror: Conrado se acerca : la mano de Gulnara demasiado apresurada ha olvidado el quitarse una pequeña mancha que tenia en su frente; Conrado observa el color y adivina..... es un testigo muy débil, pero irrecusable del crimen.... es una gota de sangre.

X.

Conrado habia visto los furrores de un combate; habia conocido en la soledad de su calabozo lo espantoso que es para el culpable el esperar un cruel suplicio; habia sido criminal, y habia sido castigado. Sus brazos estaban todavía cargados con una cadena que podian soportar para siempre. ¡Y bien! los combates, la pérdida de la libertad, los remordimientos, ninguna cosa de las que ha experimentado de

mas terrible ha podido hacerle temblar como aquella gota de sangre que le hiela de horror. Aquella gota de sangre ha sido suficiente para empañar todos los encantos de Gulnara. Conrado ha visto correr la sangre, puede verla derramar todavía sin conmoverse; pero es en el calor de una batalla y por la mano de los hombres.

XI.

»Esto es hecho , dijo Gulnara ; él iba á despertarse y ha perecido. Esto es hecho ; ¡cuan caro me cuestas ! Todo lo que puede decirse seria inútil en este momento ; hu-yamos , la barca nos espera y el dia aparece. Los que he seducido están á mis órdenes , y vendrán á reunirse con el resto de tu tropa. Mi voz hará la apología de mi brazo , cuando remaremos lejos de esta costa aborrecida.»

XII.

Da unas palmadas (16). A esta señal los que han jurado obedecerla, griegos ó moros acuden á la galeria y se detienen delante de Gulnara. Conrado queda despojado de sus cadenas: vedle ya libre como el viento de las montañas; pero le oprime una tristeza tan grande que parece que el peso de sus hierros se habia pasado sobre su corazón.

Se guarda un profundo si-

lencio. A una señal de Gulnara se abre una puerta que conduce á la playa por una salida secreta. Se alejan de la ciudad, y se apresuran para llegar sobre la arena adonde vienen á espirar sucesivamente las olas. Conrado se deja guiar. Dócil á la voluntad de Gulnara, se manifestaba como indiferente á verse salvo ó vendido, y toda resistencia le parecia tan inútil como si Seïde viviese todavía para saciar su venganza por medio de su suplicio.

XIII.

Se embarca, las velas se desplegan al soplo de un viento favorable. ¡ Cuantas memorias diversas se ofrecen al pensamiento de Conrado! Permanece absorto en sus meditaciones hasta el parage en que se avanza como un gigante la roca á cuyo abrigo habia echado el ancla. Después de esta funesta noche, algunos dias habian sido para él lo mismo que un siglo de terror, de penas y de críme-

nes. En el momento en que la sombra de la roca cubrió el palo de la barca, Conrado se cubrió la cabeza y experimentó un amargo dolor; se acordó de Gonzalvez y de sus compañeros, de su triunfo pasagero y de su cruel derrota; tambien se acuerda de su amiga abandonada, y al volver los ojos ve á su lado á la homicida Gulnara.

XIV.

Ella observaba las facciones de su rostro y no pudo soportar el aspecto frío que la desdeñaba. Las lágrimas tardías vinieron á desterrar de sus ojos una mirada sombría y feroz que no le era natural: se arrodilla delante de Conrado y le aprieta la mano. » ¡Alá me confundiría con su ira, y tú aun deberías perdonarme! dijo. Sin este negro atentado ¿que te sucedería? Lléname de re-

convenciones ; pero dignate por el momento concederme alguna indulgencia ; yo no soy lo que parezco. Esta noche de terror ha estraviado mi razon ; modera tu alma irritada. Si yo no hubiera amado nunca , hubiera sido menos criminal ; pero aunque tú lo hubieras querido no hubieras vivido para odiarme.”

XV.

Gulnara no se ha hecho cargo del pensamiento de Conrado: él se acusa á sí mismo mas bien que á ella, y siente en su corazon el haber sido la causa involuntaria de sus desgracias; pero un silencio profundo y sombrío atestigua solamente las penas secretas que le atormentan. Mientras tanto el viento es favorable, la mar no está agitada y las olas azuladas borbotean delante de la

proa del pequeño navío.

Sobre el horizonte se distingue á lo lejos un punto; muy pronto es un palo, una vela y un navío armado. Los hombres que estan de guardia se dejan ver sobre la cubierta, y una vela mas ancha que se redondea al impulso del viento hace su curso mas rápido. Se acerca con magestad y sus costados imponen terror.

Un relámpago repentino hiere la vista, una bala pasa sobre la barca y resbala silbando sobre las olas. Conra-

do vuelve en sí de repente: un gozo que habia mucho tiempo que desconocia brilla en sus ojos. »Lo reconozco, exclama, ved mi pabellon rojo; ¡vamos! aun tengo amigos sobre el Océano.» Los piratas reconocen la señal de su gefe y le saludan con sus aclamaciones. Al momento el bote está en el mar y las velas se hallan amainadas.» ¡Es Conrado! ¡es Conrado!» repiten. Las órdenes que se daban no podian reprimir su alegría, y con gozo y orgullo le ven subir otra vez sobre el puente

del navío. Una sonrisa suavizó sus fisonomias agrestes, y sus brazos apenas podían resistir el deseo de abrazarlo.

En cuanto á Conrado, medio olvidado de sus peligros y de su derrota, corresponde segun debe hacerlo un gefe, al modo como fue acogido, aprieta la mano á Anselmo y conoce que aun puede mandar y vencer.

XVI.

Luego que pasaron los primeros momentos de alegría, un disgusto aflige á los corsarios, y es el de conducir á Conrado sin haberse servido de sus armas; dieron la vela jurando el vengarlo; y si hubiesen sabido que la mano de una muger les habia quitado la gloria de reconquistar á su gefe, menos escrupulosos que él, la hubieran proclamado su reina. Se comunican á voz baja su sorpresa y su admi-

racion con el gesto risueño de la curiosidad , y miran muy atentamente á Gulnara. Esta muger superior é inferior á su sexo , se manifiesta turbada de sus miradas, sin embargo que la sangre no la habia espantado. Dirige á Conrado una mirada débil y suplicante , baja despues el velo y se mantiene á su lado guardando silencio : sus brazos se cruzan sobre un corazon que luego que Conrado se hallaba fuera de peligro, abandonaba todo lo demas á la suerte. A pesar del excesivo furor de

que se vió dominada , igualmente capaz de un extremo amor, que de un odio implacable del crimen como de la virtud, solo se manifestó como una muger despues de haber cometido la mas infame perfidia.

XVII.

Conrado lo advierte , y experimenta á un mismo tiempo: (¡le era posible hacer otra cosa!) horror por su crimen y compasion por su desgracia. Torrentes de lágrimas no son suficientes para poder borrar lo que ha hecho; el cielo la castigará el dia de su cólera. Pero él no ignora que el puñal hirió para favorecerle , y que por él corrió la sangre ; que debe su libertad á la culpable , y que ella le ha

sacrificado todas las esperanzas de la tierra y del cielo. Se acerca á esta hermosa esclava; su mirada le hace bajar los ojos. ¡Cuan mudada y humillada, débil y tímida la encuentra! El encarnado de sus mejillas se cambia á cada momento en una palidez mortal, y no queda de su vivo color sino una mancha de la sangre que hizo correr el puñal. Conrado coge su mano; Gulnara tiembla.... ¡Ah! ¡ya es demasiado tarde! Aprieta aquella mano tan suave al tacto del amor y tan terrible á

las inspiraciones del odio; tiembla, la suya ha perdido su fuerza y el acento de su voz se halla alterado. La llama: »¡Gulnara!» No responde. »¡Querida Gulnara!» entonces levanta sus ojos en los cuales se lee su respuesta, y se precipita entre sus brazos. Si Conrado le hubiese negado este asilo, su corazón hubiera sido demasiado grande ó demasiado vil para pertenecer á un mortal; puede ser que sin los presentimientos cuya voz le parece oír, la última virtud de Conrado se hu-

biera reunido á las otras ; pero hasta la misma Medora podia perdonar un beso que no exigia nada mas de una muger tan hermosa : el primero y el último que la fragilidad ocultó á la constancia sobre unos labios en los que el amor habia exhalado el soplo mas puro ; sobre unos labios cuyos suspiros interrumpidos difundian el perfume que este dios acababa de refrescar con el movimiento de sus alas.

XVIII.

Al rayar el alba reconocen la isla de los corsarios ; las rocas parece que manifiestan su júbilo ; un murmullo alegre se deja oír en el puerto ; los gallardetes de las señales brillan sobre las alturas ; los botes nadan en la bahía ; los delfines los empujan jugando al traves de la espuma de las olas ; los pájaros marinos con su voz discordante los saludan con un graznido ronco y agudo, y su imaginacion les

hace ver cerca de los fuegos
á los amigos que alimentan
su claridad.

¡Ah! ¿quien puede hermo-
sear mejor la dicha de una
llegada , que la risueña ale-
gria de la esperanza en medio
del Océano?

XIX.

Entre los fuegos que brillan sobre la montaña y en la isla, Conrado busca la torre de Medora; pero era en vano: todos reparan con sorpresa que era el solo punto que se notaba sumergido en la obscuridad; siempre se habia notado en aquel parage una luz querida; puede ser que esté cubierta y no apagada. Conrado se precipita en el primer bote, y acusa en su impaciencia la lentitud de los

remos. ¡Que no tenga las alas rápidas del halcon para ir de un vuelo hasta la cumbre de la montaña! Los remeros descansan un momento: Conrado no puede esperar, se arroja á las olas, concluye á nado la distancia que falta, y trepa por la senda que le es tan conocida.

Llega, y se detiene á la puerta de la torre; ningun ruido interrumpe el silencio que reina en aquel parage; las tinieblas lo rodean: llama con fuerza y nadie le responde; ningun paso anuncia que

se le haya oído y que se le crea tan cerca. Vuelve á llamar, pero debilmente; su mano trémula se niega á ausiliar al deseo de su corazón; abren, es una persona conocida, pero no aquella que él anhela estrechar entre sus brazos; no le habla una palabra; él mismo reconoce dos veces que sus preguntas espiran en sus labios; coge el candelero que se escapa de su mano, y la luz se apaga al caer. ¿Esperará que vuelva á encenderse? lo mismo era esperar la luz del día. La cla-

ridad vacilante de otra luz arroja algunos rayos en diferentes puntos del corredor; se precipita en el cuarto, ve lo que no puede creer, y que no obstante habia presentido.

XX.

Conrado queda inmóvil y mudo; sus tristes miradas se fijan sobre la que amaba. Cuesta mucho al dolor el alejarse del objeto que causa sus penas, y no se atreve á confesar que es inútil contemplarlas. Medora habia sido tan pacífica y tan hermosa que la muerte se presentaba en su persona bajo un aspecto mas dulce; sus manos frias tenian unas flores que parecia que aun las estaban apre-

tando, lo mismo que si fingiera hallarse dormida (17). Le hubiera hecho dudar un momento si todavía era tiempo de derramar lágrimas, sus grandes párpados, blancos como la nieve, que cubrían sus ojos privados del fuego que los animaba. ¡Ah! ¡de que modo la muerte imprime mas particularmente su sello sobre los ojos, y como hace huir el alma de su trono de luz!

Ya se observan empañados y hundidos estos círculos azulados; pero la frescura de los

labios de Medora todavía se halla respetada; parece que la sonrisa no los ha abandonado sino por un momento. ¡Ay! el paño mortuario, las trenzas colgantes de sus hermosos cabellos que antes se escapaban de las floridas guirnaldas que los coronaban para flotar á la voluntad de los céfiros, la palidez de sus mejillas, todo anuncia suficientemente que la sepultura la reclama. Ya no existe: ¿que hace Conrado contemplándola?

XXI.

Conrado no tiene nada que preguntar. La primera mirada que ha dirigido sobre este cuerpo inanimado, se lo ha dicho todo. Está muerta; qué importa el saber cómo: esto es bastante. El amor de su juventud, la esperanza de un porvenir mas dichoso, el manantial de sus mas dulces deseos y de su mas tierna solicitud, el solo ser viviente á quien no ha podido odiar; todo le ha sido arrebatado,

Él merece su suerte; pero no por esto le es menos amarga. El hombre virtuoso, en sus desgracias, se vuelve hácia las regiones, de las que el crimen se halla desterrado para siempre: el orgulloso y el malo, que han fundado toda su dicha sobre los objetos perecederos, y que no ven ningun dolor mas allá del sepulcro, lo pierden todo cuando pierden lo que los une á la tierra: quizás es poca; pero ¿quien puede resignarse á verse arrancar lo que hacia su única delicia?

OT | Cuantas frentes estoicas
y severas sirven de máscara
á los corazones que han ago-
tado todos los infortunios!
¡ Cuantos tristes pensamien-
tos se encuentran disimula-
dos, pero no perdidos, en la
sonrisa de aquellos á quienes
convendría mas un exterior
melancólico!

XXII.

Los que son muy sensibles manifiestan mal el desorden de un corazón que padece y que busca ansiosamente un asilo que no encuentra de modo alguno. No hay palabras suficientes para pintar el estado secreto del alma. Los verdaderos dolores son su elocuencia, y los de Conrado han colmado la medida. Inmóvil de estupor ha quedado tan débil, que sus ojos enternecidos se llenan de lágri-

mas lo mismo que los de un niño: ¡confesion de una desgracia irreparable! Nadie vió los lloros que inundaban sus mejillas; y delante de testigos quizás no hubieran corrido. Su mano los enjuga luego, y se aleja con el corazon despedazado é inconsolable... El sol aparece; el dia es oscuro para Conrado. La noche viene, y sus tinieblas no le abandonarán jamas. No hay ningun punto mas oscuro que el que extienden sobre los ojos las nubes del alma; y no hay ninguna ceguedad

comparable á la del desgraciado que no se atreve á ver, y que huyendo hácia las sombras mas espesas , no quiere admitir el socorro de una guía.

XXIII.

El corazon de Conrado formado para agradar, se habia vuelto forzado á los crímenes. Vendido desde muy temprano, y engañado durante mucho tiempo, sus mas puros sentimientos habian experimentado lo que sucede al agua, que se endurece como la caverna en donde cae gota á gota, menos clara quizás despues de haber atravesado el filtro de la tierra, pero al fin helada y petrificada. Vie-

ne luego el rayo á romper la roca ya minada por el soplo de las tempestades : el corazón de Conrado ha sido herido de un choque semejante.

Una flor crecía al abrigo de esta roca escarpada, cuya sombra la habia protegido hasta este instante ; el mismo rayo ha aniquilado la roca y la lis. Esta hermosa planta no ha dejado una hoja para atestiguar sus desgracias ; todas se han marchitado y consumido, y los restos de su frio protector se encuentran esparcidos sobre una playa árida.

XXIV:

La aurora habia aparecido; son muy pocos los compañeros de Conrado que se atreven á interrumpir su soledad. Anselmo se decide finalmente á penetrar en su torre; no se le encuentra alli, ni tampoco sobre la playa. Se alarman todos; se recorre toda la isla antes de la noche; la mañana siguiente ofrece nuevas pesquisas; su nombre causa á los ecos. Es inútil visitar las montañas, las grutas, las

cuevas y los valles : sobre la playa se encuentra rota la cadena de una barca. La esperanza renace ; se siguen las huellas del mar ; todo es inútil, y los dias se suceden unos á otros : Conrado no vuelve ; ya no volverá mas. Ninguna noticia , ningun indicio que dé á conocer su suerte, ni que pruebe si existe todavía, ó si la sepultura ha dado fin á su desesperacion.

Sus compañeros lo lloraron mucho tiempo : ellos solos podian llorarlo. Un hermoso monumento se consagró á las

cenizas de su amiga; pero con respecto á él ni una sola lápida atestiguó su muerte, ó la continuacion de una vida que se ignoraba.

Conrado dejó á los tiempos venideros la memoria de un corsario que tuvo una virtud en medio de mil crímenes (18).



NOTAS.

El tiempo podrá parecer corto en este poema con relacion al número de acontecimientos que siguen unos á otros ; pero todas las islas del mar Egeo se hallan á muy pocas horas de navegacion del continente, y el lector podrá muy bien contar con el viento segun yo le he encontrado frecuentemente. (*Nota de Lord Byron.*)

No sé si esta esplicacion satisfará á todos los lectores ; porque en los dos primeros cantos del poema los acontecimientos corren tan rápidamente

como en una tragedia francesa. (*Nota del traductor.*)

(1) Se pretende que Lord Byron habia querido pintar en su Corsario algunos rasgos de Napoleon. (*Nota del traductor.*)

(2) OLYMPIA. Véase en Rolando furioso el canto X.

(3) Por la noche, y particularmente en los climas cálidos, cada golpe de remo, cada movimiento de los botes ó de los navios promueve un resplandor que sale del agua como un relámpago. (*Lord Byron.*)

(4) Los CHIBOUQUES. Así se llaman las pipas en turquía.

(5) Las ALMAS son las bailarinas.

(6) Se ha objetado que el disfraz de Conrado no era natural; quizás tendrán razon: yo encuentro en la historia alguna cosa que se le parece:

»Deseoso Mayoriano de conocer por sí mismo la situacion de los Vándalos, se arriesgó, despues de haber disimulado el color de sus cabellos, á visitar á Cartago con el título de su propio embajador; y Genserico tuvo despues mucho disgusto cuando descubrió que habia tenido en su poder, y dejado ir, al emperador de los Romanos. Esta anécdota puede ser mirada como una ficcion sin verosimilitud, pero es una ficcion que no ha sido imaginada sino en la vida de un héroe.»

(Gibbon, *Decadencia y caída del imperio romano.*)

En el teatro frances se han servido de este rasgo histórico , cuando Yarbe se presenta él mismo á Dido como embajador. (*El traductor.*)

Si se añade á esto que el caracter de Conrado es tambien poco natural, trataré de probar lo contrario por medio de diferentes caractéres históricos que he encontrado despues de haber compuesto el Corsario.

»Ezzelino , prisionero , dice Rolandini , se encerraba en un silencio amenazador ; fijaba sobre la tierra su rostro feroz y no daba vuelo á su imaginacion.»

»De todas partes acudian sin embargo los soldados y los pueblos ; querian ver á un hombre tan poderoso en otros tiempos , y el gozo univer-

sal rebosaba por todas partes....”

»Ezzelino era de baja estatura; pero todo el aspecto de su persona y todos sus movimientos indicaban un soldado. Su modo de expresarse era seco, su porte soberbio, y una sola de sus miradas hacia temblar á los mas atrevidos.”

(Sismondi, *tomo III, pág. 219—220*).

»CIZERICUS (Genserico, rey de los Vándalos, vencedor de Roma y de Cartago) STATURA MEDIOCRIS ET EQUI CASU CLAUDICANS, ANIMO PROFUNDUS, SERMONE RARUS, LUXURIE CONTEMPTOR, IRA TURBIDUS, HABENDI CUPIDUS, AD SOLLICITANDAS GENTES PROVIDENTISSIMUS, etc.”

(Jornandes, *de Rebus*, etc).

(7) Los dervís pertenecen á diferentes congregaciones y órdenes, como los frailes.

(8) SE ARRANCA LAS BARBAS:

Es un efecto comun de resultas de la cólera de los musulmanes. Véanse las memorias del príncipe Eugenio, *pág.* 24, en la que se refiere que un general otomano que habia sido herido en un muslo, se arrancó los bigotes porque se vió obligado á dejar el combate.

(9) Gulnara es un nombre de mujer que significa literalmente la flor del granado.

(10) Se puede citar á Tomas Moro sobre el cadalso, y á Ana Bolena, quien en la torre que le servia de prision, notó, pasándose la mano por

su cuello , que era muy delicado para que pudiese costar mucho trabajo al verdugo.

Durante una parte de la revolucion francesa se habia hecho moda el dejar algunas palabras chistosas como un legado , y de los dichos de las victimas podia formarse un grueso volumen de jocosidades.

(11) Sócrates bebió la cicuta poco antes de ponerse el sol (que era la hora de los suplicios), sin embargo de que sus discípulos le suplicasen que esperase á que estuviese eclipsado el astro del dia.

(12) El crepúsculo en la Grecia es mucho mas corto que en nuestros climas , y los dias son mas largos en invierno ; pero mas cortos en verano.

(13) Los kiosques son las casas de verano de que se sirven los turcos.

El palmero está fuera de las puertas de Atenas moderna, no lejos del templo de Teseo, del que solo lo separa un muro. El agua del Céfiso es en efecto muy escasa, y el Ilisus no tiene ninguna.

(14) Lord Byron confiesa en una nota que este no es el lugar de las estrofas precedentes que han hecho parte de otro poema: en efecto sirvieron de ensayo del CURSE OF MINERVA, y la maldición de Minerva, cuyo objeto es el vandalismo del lord Elgin relativamente á las antigüedades de la Grecia. Es posible, como lo dice Lord Byron, que no sirva de incomodidad el ver aquí estas estrofas. ¿No es esta la tecla de Chateau-

briand? El texto inglés es rico en poesía; pero digamos con Horacio:
NON ERAT HIC LOCUS.

(15) El comboloïo, rosario de los mahometanos, compuesto de noventa y nueve cuentas.

(16) Los turcos dan palmadas para llamar á sus esclavos, así como nosotros nos servimos de las campanillas. (*Nota del traductor*).

(17) En los pueblos de Levante hay la costumbre de echar flores sobre los que acaban de espirar, y de poner un ramo en las manos de las mugeres.

(18) Yo intento probar que el pun-donor de que ha dado un ejemplo Conrado no ha excedido los límites

de la probabilidad; y para demostrarlo quiero citar la anécdota de un filibuster, compañero de mi pirata.

Nuestros lectores conocen las expediciones dirigidas contra la Barataria; pero entre ellos hay muy pocos que estén instruidos de la historia ó de la naturaleza de este establecimiento. Véase para estos la relacion de los principales hechos cuyo conocimiento debemos á un amigo que ha estado en aquel pais. Esta noticia no puede menos de interesar.

Barataria es una bahía ó un brazo estrecho del golfo de Méjico, que atraviesa una comarca rica, pero plana, hasta una milla del rio Misisipi, á quince millas mas abajo de la Nueva-Orleans. Esta bahía tiene innumerables brazos, en los cuales pue-

de quedarse oculto á las mas escrupulosas pesquisas : por el Sur comunica con tres lagos , y estos con otro del mismo nombre , y que contiguo á la mar forma con ella una isla. Esta fue fortificada en 1811 en los puntos del Este y del Oeste , por una banda de piratas que mandaba un tal Lafitte. El mayor número de estos piratas eran procedentes de la parte de la poblacion de la Luisiana que habia huido de santo Domingo durante los alborotos que sobrevinieron en dicha isla , y que halló un asilo en la de Cuba. En la última guerra entre la Francia y la España , fue cuando se vieron obligados á salir de alli en el término de algunos dias ; sin ninguna ceremonia entraron en los Estados-Unidos, y la mayor parte en la Luisiana acompañados de todos sus negros. El gobernador les notificó el

artículo de la constitución que priva la importacion de los esclavos ; pero asegurándoles al mismo tiempo que haria cuanto fuese posible para obtener del congreso el privilegio de poder conservar la propiedad.

La isla Barataria está situada á los 29 grados de latitud y á los 92 de longitud. Es tan notable por el buen aire que en ella se respira , como por los escelentes pescados que abundan en aquellos parages. El gefe de esta herda tenia , como CARLOS DE MOOR, algunas virtudes mezcladas con sus vicios. En el año 1813 , su tropa por su audacia y sus atentados , habia fijado la atencion del gobernador de la Luisiana , quien , para arruinar el establecimiento , resolvió empezar tirándose sobre el gefe. Ofreció quinientos pesos fuertes por la cabeza de Lafitte , que era muy conocido de los

habitantes de la Nueva-Orleans , en donde habia ejercido en otros tiempos con reputacion el arte de la esgrima que habia aprendido , ballándose sirviendo en clase de capitan en el ejército de Bonaparte. Lafitte para corresponder al gobernador ofreció quince mil pesos fuertes por su cabeza . el gobernador hizo marchar sobre la isla de Lafitte una compañía de soldados con la órden de quemarlo todo y saquearla , y de conducir á la Nueva-Orleans todos los bandidos. Esta compañía , mandada por un hombre que habia sido amigo del audaz capitan , se acercó sin encontrar resistencia hasta las primeras fortificaciones de la isla , cuando de repente se oyó el silbido de un pito como el que usan los contra maestres de los navios. Los soldados se vieron todos rodeados por hombres armados

que salieron de las ocultas avenidas de la bahía : en esta ocasion fue cuando este moderno Carlos de Moor se distinguió por un rasgo muy noble; no solamente perdonó la vida al que venia á atacar la suya y á destruir todo cuanto poseia , sino que le ofreció una suma considerable que hubiera proporcionado una cómoda existencia durante la vida á este honrado militar , que despreció estos dones con indignacion , pero le fue permitido el volver á la ciudad. Este acontecimiento y otros varios probaron que la banda de ladrones no podia ser forzada por tierra ; y como nuestras fuerzas marítimas han sido siempre muy débiles en aquellos parages , era necesario esperar que se recibiesen refuerzos para hacerlas obrar contra los piratas. Luego que lo permitió un aumento de tropas se verificó el ata-

que, y el resultado fue la ruina total de estos ladrones. En el dia que este punto casi inaccesible de los Estados-Unidos, y que es la llave de la Nueva-Orleans, se halla libre de semejantes enemigos, esperamos que el gobierno tendrá alli una fuerza militar respetable. (*Estractado de una gaceta americana.*)

En la continuacion del Diccionario biográfico de Granger, se encuentra un caso singular en que se trata del arzobispo Blackbourne. Como tiene alguna semejanza con la profesion del héroe de mi poema, no quiero resistir á la tentacion de estractarlo.

»En el caracter del doctor Blackbourne se encuentra algo de misterioso. Los acontecimientos de su vida no se conocen sino imperfectamente,

y han corrido algunas voces de que habia sido cazador de toros silvestres y que accinaba sus carnes. Se añade que cuando llegó á Inglaterra, uno de sus compañeros en su primer oficio, habiendo preguntado qué se habia hecho su antiguo camarada Blackbourne, quedó muy sorprendido al saber que era arzobispo de Yorck. Sabemos que Blackbourne fue instalado subdiácono de Exeter en 1694, que despues de haber renunciado este título, y de haberlo vuelto á obtener en 1704, fue nombrado dean al año siguiente, y en 1715 arcediano de Cornwall: el 24 de febrero de 1716 fue consagrado obispo de Exeter, y transferido en 1724 á Yorck, en recompensa, segun la crónica escandalosa de la corte, de su complacencia en unir Jorge 1.^o con la duquesa de Monster. Esto parece sin embargo

una pura calumnia. Como prelado se condujo con una gran prudencia, y tambien se hizo de respetar como administrador de las rentas de su diócesis. Corrian voces secretas de que no habia renunciado á los vicios de su juventud y que su gusto por el bello sexo formaba un *item* en la lista de sus flaquezas; pero lejos de haber sido convencido por *setenta* testigos, no ha sido acusado directamente por uno solo; en una palabra, yo considero todas estas sospechas como hijas de la malicia. ¿Como era posible que un cazador y un acecinador de carnes tuviese la ciencia que no puede negarse á Blackbourne, quien tenia un conocimiento tan perfecto de todos los autores clásicos y particularmente de los trágicos griegos, que los leia como si leyese Shakespeare? Habia sido alumno del co-

legio de Cristo en Oxfort: este es un hecho positivo. Se le cita como un hombre muy chistoso, lo que no fue en beneficio suyo, porque dió lugar á que se dijera que ganaba mas corazones que almas.”

La sola voz que podia calmar las pasiones del agreste Alfonso III, era la de una esposa amable y virtuosa, único objeto de su amor: esta era la voz de Doña Isabel, hija del duque de Saboya y nieta de Felipe II, rey de España. Sus últimos acentos hicieron una impresion profunda sobre su memoria; su corazon altivo se inundó en lágrimas, y despues del último abrazo, Alfonso se retiró á su cuarto para llorar su pérdida irreparable y meditar sobre las vanidades de la vida humana.

(MISCELANEAS DE GIBBON).

*Coleccion de novelas, propiedad de
la casa de CABRERIZO. VALENCIA.*

La presente coleccion es indudablemente la mejor biblioteca de este género que hasta el dia se ha publicado en España, ora se atiende á la uniformidad, belleza y cómodo tamaño de las impresiones, ora principalmente á lo selecto y variado de las novelas que la componen; porque del inmenso número de obras de esta clase que contiene la literatura moderna, se han entresacado únicamente aquellas cuyo mérito está generalmente reconocido en Europa, y que á una moral sólida y pura reúnen una instruccion amena y variada, y acomodada por tanto al gusto de todos los lectores. Al lado de los cuadros sublimes de D'Arincourt, se verán en esta coleccion las tiernas é interesantes escenas domésticas del dulce y delicado Lafontaine, Goëthe y Madama Genard.

Junto á las descripciones artísticas de la hermosa Italia, por Madama Staël, se hallará un rasgo histórico de España, Argel, ó la Grecia moderna, y para cobrarse del gran pavor que inspiran las terribles apariciones de la familia de Vieland, y del castillo de Mazzini, hallará el ánimo las risueñas pinturas de Chateaubriand, y las sencillas costumbres de la Suecia.

La coleccion consta hasta el dia de las novelas notadas á continuacion ; pero siendo indeterminado el número de tomos que han de componerla, se irán publicando algunas, bien nacionales ó extrangeras, que reunan las circunstancias que quedan indicadas ; en el concepto , de que las personas que deseen adquirir toda la coleccion ó parte de ella, se les hará una rebaja proporcionada : podrán dirigir su encargo á cualquiera de las librerías de las provincias que se indican en la portada de los tomos.

Las publicadas hasta el dia son las siguientes:

NOVELAS PUBLICADAS Precios.

EN ESTE MISMO TAMAÑO.

	Valencia.	Provinc.
<i>La primera coleccion se compone de</i>		
<i>La Familia de Vieland, ó los Prodigios. 4 tomos en pasta.</i>	48	52
<i>Carvino, ó el Hombre prodigioso. 1 tomo en pasta.</i>	12	13
<i>Anita y el Picaro de opinion, por Lafontaine. 2 tomos en pasta.</i>	24	26
<i>Elena y Roberto, ó los dos Padres, por Madama Genard. 2 tomos en pasta. . ,</i>	24	26
<i>Herman y Dorotea, del célebre Goëthe. 1 tomo en pasta. . .</i>	12	15
<i>Las Pasiones del Jóven Verter, del mismo autor. 1 tomo pta.</i>	12	13
<i>Zunilda y Florvel, ó las costumbres de Suecia; por Segur. 1 tomo en pasta.</i>	12	13
<i>Los Placeres de la Mesa; ó el Arte de Comer, con un tratado del Arte de Trinchar. Este poema es único en nuestro idioma, y digno de ocupar el estante de un literato, aunque no sea gastrónomo ni</i>		

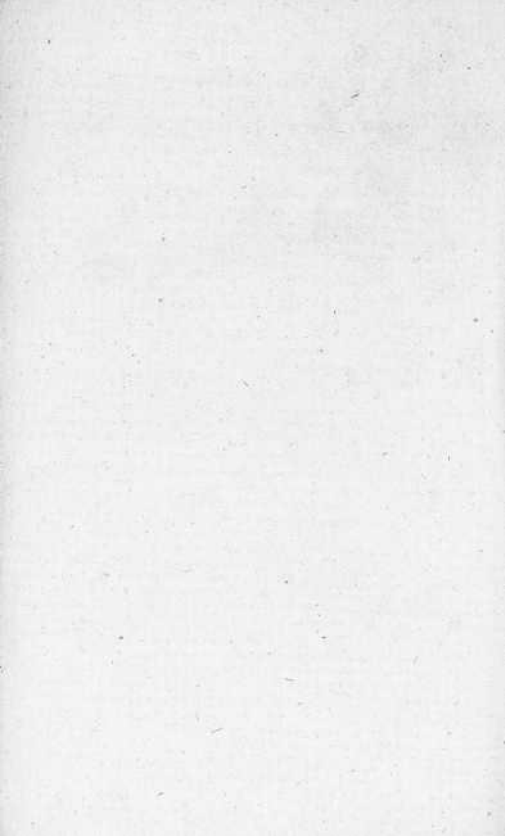
regalon. 1 tomo en pasta. . .	12	13
<i>Corina en Italia</i> , por <i>Madama Staël</i> . 4 tomos en pasta. . . .	50	54
<i>Julia</i> , ó los <i>subterráneos del castillo de Mazzini</i> . 2 tom. pta.	24	26
<i>La Sacerdotisa peruana</i> , ó <i>Reinaldo y Elina</i> , novela indiana. 1 tomo en pasta.	12	13
<i>Ricardo y Sofia</i> , ó los yerros del amor. 2 tomos en pasta..	24	26

La segunda.

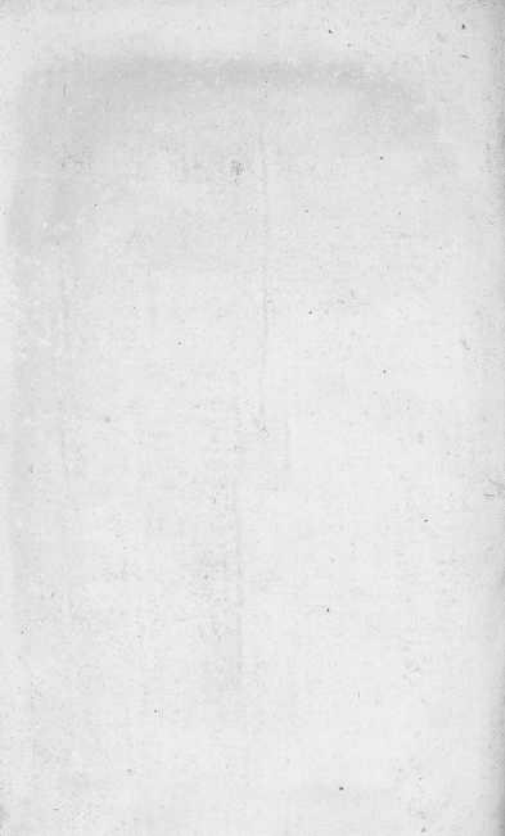
<i>El Solitario del monte salvage</i> , por el <i>Vizconde D' Arlincourt</i> . 2 tomos en pasta.	24	26
<i>La Extrangera</i> , ó la <i>Muger misteriosa</i> , del mismo autor. 2 tomos en pasta	24	26
<i>Aventuras del último de los Abencerrages</i> , por <i>Chateaubriand</i> . 1 tomo en pasta.. . .	10	11
<i>El Caballero del Cisne</i> , ó los <i>Bandos de Castilla</i> , novela española, por <i>Lopez-Soler</i> . 3 tomos en pasta.	36	40
<i>Barba Azul</i> , ó la <i>Llave encantada</i> : coleccion de cuentos para niños y abuelitas. 1 tomo pta.	12	13

<i>Amor y Religion, ó la Joven Griega</i> , novela histórica. 1 tomo en pasta.	12	13
<i>Orosman y Zora, ó la pérdida de Argel</i> , novela histórica. 1 tomo en pasta.	12	13
<i>Amor y Virtud, ó las cinco novelas</i> . 1 tomo en pasta.	12	13
<i>Sales Cómicas</i> , agudezas y rasgos de imaginacion de autores españoles y extranjeros. 1 tomo en pasta	12	13
<i>El Juramento de no amar, ó las tres Amigas</i> . Novela traducida del francés. 2 tomos en pasta.	24	26
<i>El Amor y la Muerte, ó la Hechicera</i> : por el Vizconde D'Arincourt. 1 tomo en pasta	12	13
<i>Las Ruinas de Santa Engracia, ó el sitio de Zaragoza</i> , novela histórica original. 2 tomos en pasta.	24	26
<i>Teodora, Heroína de Aragon, ó memorias del coronel Blok</i> . Episodio para la historia de la guerra de la independencía. 1 tomo en pasta	12	13
<i>Aventuras de Safo y Faon</i> . 1 to-		

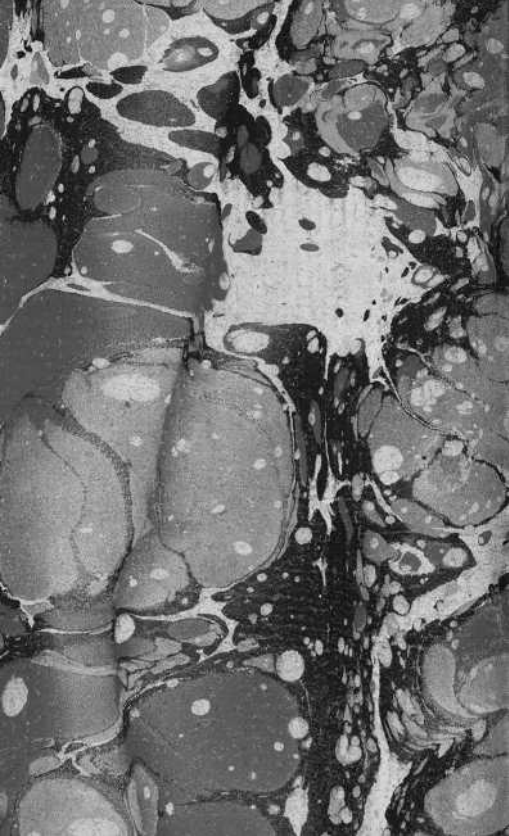
mo en pasta	12	13
La <i>Sacerdotisa druida</i> y las ruinas de <i>Persépolis</i> . 1 tomo pta.	12	13
<i>Alfonso</i> , ó el <i>Hijo natural</i> . 2 tomos pasta.	24	26
Las <i>Madres rivales</i> , ó la <i>Calumnia</i> . Por MAD. GENLIS. 4 tomos en pasta	52	56
El <i>Corsario</i> . Por Lord Byron. 1 tomo pasta	12	13
El <i>Pirata generoso</i> . 1 tomo en pasta	12	13

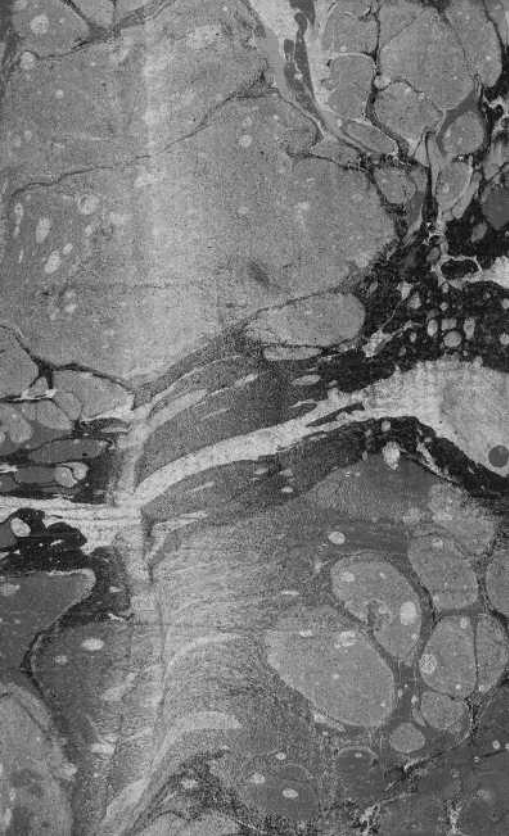












The image shows the front cover of an old book. The cover is decorated with a dark, intricate marbled pattern, likely a 'stone' or 'shell' marbling style, featuring swirling, organic shapes in shades of grey, black, and white. The texture appears slightly worn and aged. On the right edge, there is a small, rectangular white paper label with the alphanumeric code 'JG - 11090' printed on it in a simple, sans-serif font. The spine of the book is visible on the right side, showing some wear and the binding structure.

JG - 11090

JG - 11090

CASATI

